



El Calvario

Para seguir todo el relato de las últimas horas en la tierra del CRISTO en la personalidad de Jhasua, te aconsejo que sigas el orden de los capítulos.

CAPÍTULOS

- ▼ LA DESPEDIDA
- ▼ GETHSEMANÍ
- ▼ JHASUA ANTE LOS JUECES
- ▼ QUINTUS ARRIUS (HIJO)
- ▼ AL PALACIO ASMONEO
- ▼ EL GÓLGOTA
- ▼ DE LA SOMBRA A LA LUZ

LA DESPEDIDA

Llegó por fin la tarde en que según los rituales de ley debían comer el cordero pascual, y el Maestro quiso celebrar esa cena sólo con sus Doce discípulos íntimos. Eran ellos los fundamentos de su escuela de amor fraterno, de su escuela de vida en común, sin egoísmos, sin intereses, una perfecta hermandad, donde ninguno era mayor ni menor, sino que todos tenían iguales deberes e idénticos derechos.

Fue elegido para ésto, el cenáculo de la mansión adquirida por María de Mágdalo para hospedaje de los peregrinos venidos de Galilea.

Myriam se trasladó allí donde se encontraba su hijo, a fin de celebrar aquellos ritos de ley en compañía de sus familiares y amigos venidos con ella desde Nazareth.

Así que todo estuvo preparado, el Maestro entró al cenáculo con sus Doce y ocupó la cabecera de la mesa. Cuando se vio rodeado por ellos, mandó cerrar las puertas y quitándose el manto, se dirigió a la piscina de las abluciones que se hallaba en un ángulo del pavimento. Llenó un lebrillo, se puso la toalla en el brazo y acercándose a Pedro se arrodilló ante él.

El buen hombre se puso de pie de un salto y con azoramiento infantil le dijo:

-¡Maestro!... mi Señor, ¿qué haces?

-Es mi postrera enseñanza -le contestó el Maestro-. Siéntate Pedro y déjame que lave tus pies, para que sepáis y os acordéis toda vuestra vida, de que el mayor ha de ser el servidor de los más débiles y pequeños.

"Así lo haréis vosotros en memoria mía".

Pedro obedeció, pero sus ojos claros se inundaron de llanto, y sus lágrimas al rodar de su rostro caían silenciosas sobre las manos del Maestro que le lavaba y le secaba los pies.

Igualmente lo hizo así con los demás discípulos que en extremo conmovidos empezaban a comprender que algo así como el Juicio de Dios se cernía sobre ellos.

Zebeo y Juan lloraban como dos niños, que temieran algo que ellos mismos no sabían precisar. ¿Qué significaba aquello?. En razón de su poca edad, Juan fue el último e inclinándose al oído del Maestro le preguntó con su voz sollozante:

-¿Por qué nos afliges así, Maestro? ¿quieres decirnos con esto que estamos manchados de culpa?.

-Quiero decir que el más grande ha de hacerse pequeño, porque el Reino de los cielos es de los que se hacen pequeños por amor mío -le contestó- y dejando la toalla y lebrillo, se cubrió de nuevo con su manto y se sentó a la mesa.

Todas las miradas estaban fijas en Él que les habló así:

-De cierto os digo que si el grano de trigo no cae a la tierra y en ella muere, solo se queda. Mas cuando ha muerto enterrado en la tierra entonces es que brota, florece, se cubre de espigas que se tornan en blanco pan.

"El que más ama su vida, más alegremente la pierde, porque sabe que la recobraré en la luz y la gloria del Padre.

"Mi alma está turbada por causa de vuestra angustia y digo: ¡Padre, sálvame de esta hora que me hace ver el dolor de los que son míos!.

"Mas... ¡si he venido para ver llegar esta hora, glorifica en mí tu Nombre Santo sobre todo lo creado!....

Una corriente sonora y suavísima se extendió como una oleada de armonía por salas y patios en aquella inmensa casona, llamada palacio Henadad, y todos cuantos estaban refugiados en ella, corrieron hacia el gran cenáculo, pues de allí partían las maravillosas vibraciones que llenaban a todos de una extraña emoción.

Eran voces musicales, como si millares de arpas cantasen en lenguaje inteligible a los oídos humanos, pero de una dulzura inefable y tiernísima.

Las doncellas galileas escuchaban en las puertas cerradas del cenáculo, sin acertar a comprender qué maravilla se obraba allí dentro.

La corriente sonora fue apagándose lentamente y todo volvió a su estado normal.

En un estado semi-extático, los discípulos, tampoco podían precisar lo que era aquella armonía.

Cuando desapareció la sonoridad, encontraron que Judas de Iskariot estaba dormido, tirado sobre el diván.

Tomás le sacudió fuertemente para despertarle.

El Maestro mandó abrir las puertas y dejó que entrasen cuantos quisieran de los moradores de aquella casa.

Tomó la cesta de los panes sin levadura y lo partió entre todos; tomó su ánfora con vino y acercándola él mismo a todos los labios, les dio a beber.

-Es mi último pacto de amor con todos vosotros -les dijo-. Y cada vez que lo hicieréis como yo lo he hecho, acordaos de esta alianza postrera, por la cual quedaré en medio de vosotros hasta la terminación de los tiempos. Y donde estéis reunidos en mi nombre, estaré yo en medio de vosotros.

-¡Señor! -díjole Pedro-, hablas como en vísperas de un largo viaje.

"¿A dónde vas, Señor, Maestro bueno, a dónde vas?

El Maestro le miró con infinita dulzura.

-Donde yo voy, no podéis ir por ahora ninguno de vosotros: pero me seguiréis más tarde, cuando hayáis llevado a todos los pueblos de la tierra el mensaje de amor que dejo encomendado a vosotros.

María de Mágdalo, en su calidad de dueña de casa, entró cubierta con un amplio velo color violeta.

Llevaba en las manos un vaso de alabastro lleno de una finísima esencia de nardos para ungir a su visitante de honor según la costumbre oriental. Se colocó a la espalda del Maestro y empezó a derramarlo sobre su cabellera; luego sobre sus manos, y por fin arrodillándose ante él, vertió todo el vaso sobre sus pies y hundiendo su rostro sobre ellos, rompió a llorar a grandes sollozos.

Las mujeres se precipitaron todas hacia el Maestro y arrodilladas lo rodearon por todas partes.

Myriam, de pie en medio del cenáculo, lo miraba con sus grandes ojos llenos de llanto, inmóvil como la estatua del dolor sereno que paralizaba sus movimientos, dejándole tan sólo las dolorosas palpitations de su corazón.

En todos los rostros había lágrimas, de todos los labios se escapaban sollozos, porque allí se desvaneció toda ilusión, toda esperanza.

La cruda realidad pasó como una ola de escarcha helando la sangre en las venas.

Una suave palidez de lirio había caído sobre la faz del Maestro, cuyo sufrimiento interior se advertía a primera vista.

Tendió su mirada sobre todos los que le rodeaban y se apercibió de que Judas de Iskariot había desaparecido de allí, y como respondiendo a su propio pensamiento lleno de luz divina dijo:

-Ahora es glorificado el Hijo de Dios, y Dios es glorificado en él.

"¿Amigos míos... hijos míos desde largas edades!... Aún estoy en medio de vosotros y ya habéis perdido el valor. ¿Qué será pues cuando me busquéis y no me encontréis?.

"Porque os repito que donde yo voy, vosotros no me podréis seguir.

-¡Pero mi Señor!... -dijo Pedro acercándose al lado del Maestro-. ¿Por qué no puedo seguirte ahora? ¡Yo pondré mi cuerpo y mi alma por ti!.

El Maestro lo miró sonriendo y le contestó:

-Uno de vosotros me entregará a mis enemigos, y ese ya no está aquí. ¿Dices que pondrás tu alma por mí?... ¡Oh, amigo!... ¡la flaqueza humana es grande! ¡Antes de que el gallo cante tres veces esta noche, tres veces me habrás negado!.

El buen hombre abrió desmesuradamente sus ojos, e iba a gritar llorando su fidelidad al Maestro; pero él continuó diciendo:

-¡Conviene que así suceda, para que yo beba hasta el fondo de la copa que mi Padre me ha dado!.

"No se turbe por esto vuestro corazón, puesto que creéis en Dios y creéis también en mí, que fui enviado por Él.

"Como un padre escribe su testamento al final de sus días, también yo os doy el mío, que es como un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros en la medida en que yo os he amado a vosotros, para que en eso conozcan todos que sois discípulos míos.

"En la casa de mi Padre hay muchas moradas, y yo voy delante de vosotros a preparar para mañana el lugar feliz de vuestro descanso.

"Y si me voy a prepararos el lugar feliz de vuestro reposo, vendré a buscaros en la hora debida, tal como el buen hortelano recoge las flores y frutos de su huerto para adornar con ellos su propia morada, cuando están en sazón.

"Porque donde yo estaré, estaréis también todos vosotros conmigo. Sabéis que yo voy al Padre y sabéis cual es el camino.

"Las obras que realicé a vuestra vista, en nombre del Padre las realicé, y vosotros las haréis en nombre mío, si de verdad estáis unidos a mí.

"No se turbe vuestro corazón ni tema, que el que está conmigo por la fe, el amor y las obras, con Dios está y ninguna fuerza podrá derribarle.

"Ni os desconsoléis pensando que os dejo huérfanos y solos en este mundo, porque vendré a vosotros cuando vuestro amor me llame.

"Los que son del mundo y no me comprenden, ni me aman, no me verán más, pero vosotros que sois míos, me tendréis siempre entre vosotros, porque vivo, soy eternamente, como asimismo viviréis vosotros.

"Me probaréis vuestro amor guardando mis enseñanzas y mis mandamientos; y en todo aquel que me ama, el Padre y yo haremos nuestra morada y yo me manifestaré a Él.

"He aquí mi último mandamiento. Amaos los unos a los otros tal como yo os he amado. En cada uno de vosotros dejo parte de mi propio corazón, y él os dirá lo que es el amor verdadero sin interés y sin egoísmo, capaz de dar la vida por el amado. Así os he amado a vosotros, y así os amaréis vosotros también. -Luego se puso de pie y elevando sus ojos y sus manos hacia lo alto oró a su Padre con infinita ternura-:

"¡Padre mío!... ¡La hora ha llegado! ¡Glorifica a tu hijo para que tu hijo te glorifique a Ti!.

"Como me has dado potestad sobre toda carne y sobre todo cuanto existe bajo el sol, yo te he glorificado en la tierra y he terminado la obra encomendada por Ti.

"He manifestado tu Nombre, tu Divina Presencia, tu Poder, tu Bondad y tu Amor, a las almas que en este mundo me diste, porque dispuestas estaban para recibir tu Palabra de Vida Eterna.

"¡Padre mío... Amor inefable!... ¡A los que me has dado en esta hora guárdalos por tu Santo Nombre para que unidos a mí, formen un solo corazón conmigo, como yo soy una esencia misma contigo!

"Mientras estuve con ellos, los he guardado en Tu Nombre y ninguno he perdido de los que en verdad me amaron.

"¡Que tu verdad les haga libres y fuertes!... ¡que tu Poder se manifieste por ellos!... ¡que tu Sabiduría infinita sea como una antorcha delante de ellos!... que el Amor Padre mío sea como una llama viva en sus corazones, para que enciendan tu fuego en toda la tierra y no quede ni una sola alma temblando de frío en las tinieblas donde no estás Tú.

"Que tu inefable Piedad les envuelva como ternura de madre, hasta el día no lejano en que yo pueda decirles como Tú me dices a mí:

"¡Ven!... ven a mis brazos porque has consumado tu obra y has conquistado mi don: ¡Yo mismo por eternidad de eternidades!...

La palabra pareció esfumarse en el ambiente sobrecargado de amor y de suprema angustia; y después de un breve silencio, el Maestro abrió sus brazos y dijo con la voz temblorosa por la emoción:

-¡Venid ahora a darme el abrazo de despedida!...

Un rumor de ahogados sollozos contestó a sus palabras, y todos los presentes se precipitaron a él.

Su madre exhaló un débil gemido y se desvaneció entre los brazos de Ana y de María que estaban a su lado y la sostuvieron oportunamente.

El Maestro la vio desvanecerse y su gemido le atravesó el corazón como un dardo candente. Con dos pasos rápidos se acercó a ella y besándola en la frente helada, en los ojos cerrados, en las manos que parecían de nieve, le decía suavemente al oído:

-¡Madre!... sé fuerte para beber hasta el fondo de la copa que el Padre nos da a ti y a mí, en esta hora de alianza postrera.

Ella abrió los ojos y viendo el rostro de su hijo junto al suyo se abrazó de su cuello con ansia febril para decirle:

-¡Déjame morir contigo si es que Dios te manda morir!... ¡Tu vida es una misma con la mía!... ¿por qué se ha de partir en dos?...

Un nuevo desvanecimiento la acometió y el Maestro mandó que la llevaran al lecho.

Luego abrazó a todos uno a uno, diciéndole a cada cual la palabra necesaria para mantenerle vivo y despierto el recuerdo de todas sus enseñanzas.

María de Mágdalo que con Ana había conducido a Myriam a su alcoba, volvió como un torbellino temiendo no alcanzar ya al Maestro.

Ya no tenía ni velo, ni manto, sino sólo su cabellera suelta que flotaba como una llama dorada.

Se abrió paso entre los últimos que se despedían, y cayendo al pavimento como un trapo tirado al suelo, se abrazó a los pies del Maestro sollozando enloquecida.

Él cerró los ojos y se estremeció ligeramente como si el tormento interior fuera a vencerlo en aquella terrible lucha final.

-¡Mujer! -le dijo poniendo sus manos sobre aquella cabeza agitada por los sollozos-. Me ungiste con perfumes para la sepultura y ¿quieres impedir que la muerte me abra las puertas de mi Reino glorioso?.

Mas, como ella no lo atendiese, él la llamó por su nombre:

-¡María! ¿Nunca desobedeciste mi voz, y ahora no quieres oírme?

Ella se serenó de pronto y levantándose del suelo miró al Maestro con sus ojos enrojecidos por

el llanto...

-¡Perdón Señor!... -le dijo-. ¡Fue mi hora de locura!... ¡no quise hacerte padecer!... ¡pero fui vencida por el supremo dolor de este adiós para siempre!...

El Maestro le puso su mano sobre los labios...

-No ofendas al Eterno Amor, María, no digas nunca más esa dura palabra que no es digna de un hijo de Dios: *adiós para siempre*. ¡Eso es una mentira, y la mentira no debe manchar nunca los labios de un discípulo mío!.

"Ya os he dicho: Me voy al Padre, y vendré a vosotros cada vez que vuestro pensamiento me llame. ¡Os doy el abrazo de la despedida, pero os digo hasta siempre!... ¡hasta siempre!.

Desligándose valerosamente de todos aquellos brazos que tendidos a él querían retenerlo, se lanzó como una exhalación a la gran puerta de entrada y salió a la calle.

Era ya la segunda hora de la noche que aparecía cargada de silencio y de sombras. La luna entre oscuros cendales de nubes, entraba y salía como una doncella asustada que vacilara entre quedarse o huir. Siguió caminando solo por la sombría vereda, y a poco le alcanzó Pedro, Santiago, Juan, Zebeo, Bartolomé y Felipe, Matheo y Nathaniel, Andrés, Tomás, Tadeo y el tío Jaime.

Llegaban unos en pos de los otros, como si no todos se hubieran decidido al mismo tiempo a seguirle.

-¿A dónde vamos Maestro? -preguntó Pedro rompiendo por fin el silencio que los envolvía a todos como un manto color ceniza.

-A nuestro sitio acostumbrado para la oración: al huerto de Gethsemaní. Me son tan familiares y amigos aquellos viejos olivos entre peñascos mudos, que quiero también despedirme de ellos como de vosotros.

"Son también creaciones del Padre, y nuestro amor recíproco los ha vitalizado con su aliento de mago.

"El pensamiento humano unido a la Divinidad por la oración, prende sus vibraciones como cendales invisibles, aun en las cosas inanimadas. Y por largo tiempo encontraréis en esos olivos y en esos peñascos, algo mío flotando en el viento de la noche, y hasta os parecerá sentir el rumor de mi voz que os llama por vuestro nombre...

"¡Visitad después de mi partida todos los sitios donde juntos hemos orado y amado a Dios, que la oración es amor!... y algo de mí mismo os hablará al fondo del alma, como la voz queda del recuerdo dando vida nueva a todo cuanto ha formado el encanto inefable de nuestra vida en común...

Las sombras de la noche inpedían ver, que lágrimas silenciosas corrían por aquellos rostros curtidos por el sol y el aire del Mar de Galilea.

-¡Señor! -dijo Juan acercándose al Maestro hasta tocarle con su cabeza en el hombro-. ¿Por qué salió Judas precipitadamente apenas terminó la cena? ¿Es que fue enviado por ti a realizar compras según costumbre?

-No a *compra* sino a *venta* salió nuestro amigo del cenáculo. Nunca pude quitarle la idea de que estorbaba y era el último en mi pequeña escuela. Recelaba de todos y hasta de mí. Fue el único vencido por el espíritu del mal, que le ha hecho ver su conveniencia en conquistarse el favor del Sanhedrín, delatando el sitio preciso donde su Maestro se retira a orar por las noches.

"Eso es todo. No temáis, lo que el Padre tiene dispuesto para su hijo, es lo que sucederá. Nuestro pobre amigo, no ve aún las consecuencias de lo que hace. Que Dios tenga piedad de él.

-De haber sabido ese negocio -dijo Tomás- le habríamos atado de pies y manos para que no se moviera de allí.

Y unos y otros comenzaron a protestar a media voz contra el discípulo infiel, trayendo a la memoria episodios pasados de la conducta de Judas que desagradaron a todos; desagrado que el Maestro calmó con aquellas suaves palabras suyas:

-No juzguéis y no seréis juzgados.

Y el piadoso manto de la tolerancia había encubierto la oculta soberbia en el alma de Judas, que vivía como envenenado por no ser el más querido y honrado en la escuela del Maestro.

Debemos ser justos aún con los criminales y malvados, y es verdad que Judas cayó en la trampa tendida por el Sanhedrín que lo engañó miserablemente. Él nunca creyó que el Maestro, cuya grandeza reconocía, fuera ajusticiado, pues sabía bien que el Sanhedrín no tenía autoridad para ello.

-Queremos traerle con nosotros -le había dicho Hanán en nombre del pontífice- a que haga ante la autoridad competente las declaraciones que necesitamos para juzgar si realmente es el Mesías anunciado por los Profetas.

"Andar como anda, dejándose aclamar del pueblo como Mesías Libertador de Israel, como futuro Rey de la nación, no conduce a nada ni se llega a nada. Y lo que sucederá de un momento a otro, es que Herodes de acuerdo con el Cesar se nos vendrán encima porque uno de nuestra raza y de nuestra fe deja propagarse estas ideas, que de ser pura ilusión, nos pone a todos al nivel de los impostores vulgares que amotinan a los pueblos.

"Si es el Mesías Rey que se espera, un bien le haces y no un mal uniéndote con nosotros para

proclamar la verdad; y harás un bien al pueblo de Israel que lo reconocerá en lo futuro.

-¿Y si os pareciera a vosotros que no es el Mesías esperado? -había preguntado Judas, buscando asegurar su posición.

-En ese caso -le había contestado Hanán- se le mandará callar o que salga del país para no agitar al pueblo con ilusiones sin fundamento.

-Las obras que le he visto realizar, son mayores a mi juicio, que las hechas por los más grandes Profetas de Israel -afirmaba Judas-. Sólo con Moisés admite comparación. Yo os lo traeré, pero a condición de que no le haréis daño ninguno, y me reconoceréis en el futuro el servicio prestado a la causa.

-Bien amigo: espero el cumplimiento de tu palabra. Aquí tienes treinta monedas de plata por si el encargo te ocasiona algún desembolso.

Y Judas recibió el bolsillo con las treinta monedas de plata.

-El Maestro -dijo- debe ir ahora hacia el huerto de Gethsemaní en el Monte de los Olivos, donde hace la oración todas las noches mientras está en Jerusalén.

-Y ¿por qué en ese sitio tan solitario y apartado? -volvió a preguntar Hanán desconfiando de una emboscada planeada por Judas.

-Ése huerto pertenece a la antigua familia de la viuda Lía, parienta del Profeta Nazareno y debido a eso, él va allí como si fuera su propiedad.

-Bien, bien. Hemos terminado el negocio -dijo Hanán.

-Aún no, pues falta que me deis una escolta para traerle hasta aquí. ¿Cómo creará que voy de parte vuestra si me ve llegar solo?.

Una sonrisa diabólica apareció en el rugoso rostro de Hanán que veía bien tragado el anzuelo por Judas, cegado por sus celos y su soberbia que indudablemente le hacían pensar:

"Ahora sí que no me veré postergado en la escuela del Maestro, futuro Rey de Israel, porque ninguno entre los suyos fue capaz de hacer lo que yo he hecho".

-Veo que eres inteligente -le dijo el anciano-. Vete al palacio del pontífice Caifás que allí se te dará la escolta. Yo tomo una litera y voy. Espérame en la portada de Caifás.

Judas salió a la calle en la dirección indicada. Y a poco una litera cubierta llevada por cuatro esclavos negros tomaba el mismo camino conduciendo a Hanán.



GETHSEMANÍ

En el palacio de Ithamar todo era silencio y sombras. Sólo en dos sitios había luz: en la alcoba de Nebai en el piso principal, y en la planta baja, en el último patio que era el de mayores dimensiones, pues daban a él las caballerizas, los establos y las cocheras.

En el centro estaba el estanque y en los ángulos, grupos de sicomoros y terebintos.

En el más apartado de estos ángulos sombreados de árboles, Vercia la Druidesa gala, encendía el fuego de media noche según el rito de su culto. Estaba completamente sola, como sola velaba Nebai en su perfumada alcoba tapizada de azul celeste. Esperaba a Judá que terminada la cena del anochecer, había salido en busca de las noticias que debían haber traído de Joppe, si como creían estaba ya en aquel puerto desde el día antes el barco correo de Roma.

Agitada por muchos pensamientos contrarios, quería leer y parecía que sus ojos no acertaban con lo que buscaba en el libro.

Tomaba la cestilla de sus labores y la dejaba luego, porque no podía tampoco prestarle la debida atención.

Iba a las camitas blancas de sus dos niños situadas a ambos lados de su gran diván de reposo, y viéndoles dormidos tornaba a ocupar su sitio junto al candelabro velado de pantalla azul.

Esto ocurría al mismo tiempo que la Druidesa, sentada en una estera de juncos frente a su fuego sagrado, miraba fijamente las primeras llamas que como pequeñas lenguas de oro y púrpura se agitaban movidas por el viento.

De pronto lanzó un débil gemido y extendió sus manos con ansia suprema hacia la pequeña hoguera. En la penumbra amarillenta que irradiaba el fuego, acababa de ver rompiendo la negrura de las sombras, la blanca imagen del Profeta Nazareno frente a un pelotón de hombres armados de picas, en un sitio sombrío de árboles y peñascos, donde no había otra luz que la de humeantes hachones y la claridad de la luna que se filtraba por entre las ramas de los árboles.

-El fuego sagrado no miente nunca -murmuró con sollozante voz la Druidesa-. El Profeta de Dios ha sido prendido.

Se dobló a la tierra como un lirio tronchado, y tocó el polvo con su frente adorando la voluntad invencible del gran Hesus.

Cuando el fuego se extinguió se cubrió con su manto, y muy silenciosamente comenzó a subir las escaleras en completa oscuridad para volver a su alcoba en el segundo piso. Vio a lo lejos la alcoba de Nebai, de la cual salía un débil rayo de luz y se acercó andando de puntillas. Llamó suavemente.

Nebai se estremeció y en dos pasos ligeros llegó a la puerta y abrió:

-¡Vercia!... ¿qué hay?

-El Profeta de Dios ha sido prendido -le contestó con una fría serenidad que espantaba.

-¡No puede ser!... ¿Cómo lo sabes?

-¡Le vi en el fuego sagrado y él no miente nunca!...

Nebai cayó de rodillas sobre el pavimento, porque sus pies parecían negarse a sostenerla.

Vercia la levantó en sus brazos y la llevó al diván. Nebai se abrazó de ella llorando desconsoladamente.

-¡No llores Nebai, amiga mía! -le decía como arrullándola-. Él es grande, fuerte... es el hijo de Dios y los tiranos temblarán ante él.

La pobre Nebai asociaba este hecho a la prolongada ausencia de Judá, y toda esperanza en él se consolaba y decía con gran firmeza:

-¡Judá le pondrá en libertad... estoy segura de ello!.

¡Noche terrible de confusión fue aquella, para los amigos del Profeta Nazareno!. Judá ignoraba la prisión del Maestro que sólo era conocida por aquellos que le acompañaron al huerto de Gethsemaní.

A fin de que el lector conozca todos los detalles ocurridos aquella noche terrible y relacionado con el Hombre-Dios, sigámosle a él entrando en aquel sombreado huerto, que por las noches era tenebroso, pues que las ramas de los olivos enlazadas unas a otras formaban una espesa cortina salpicada de gotas de luz de muy escasa claridad en las noches de luna.

-La hora de prueba ha llegado -dijo el Maestro a los suyos-. Velad y orad para no caer en tentación, porque hoy seréis todos puesto a prueba por causa mía. Mirad que estáis avisados.

"Velad y orad para que vuestra fe no vacile, porque aunque el espíritu vela, la materia es tiniebla y a menudo lo obscurece y lo ciega".

Y se apartó unos pasos al pie de un gran peñasco en el cual solía apoyar sus manos cruzadas

para la oración.

-¡Padre mío!... -clamó desde lo hondo de su espíritu resplandeciente de amor y de fe-. ¡La naturaleza humana se espanta de beber este cáliz, mas no se haga mi voluntad sino la Tuya! - Su espíritu se elevó al Infinito como una estrella solitaria en cuyas órbitas lejanas, mucho más allá de los dominios de la mente humana, ningún ser de la tierra le podía seguir.

¡Alma excelsa del Cristo, solitaria a causa de su grandeza; y en la hora de su inmoción, más sola aún, para que el holocausto fuera completo, sin consuelo de la tierra y con los cielos enmudecidos!.

¡Las pequeñas criaturas terrestres doblamos la frente al polvo, y nuestra alma se abisma sin comprender la suprema angustia del Cristo que lo sumía en honda agonía, y el heroico amor a sus hermanos que lo transportaba a las cumbres serenas del Ideal!... .

La visión que tuviera en el Santuario de Moab en la víspera de consagrarse Maestro de Divina Sabiduría, volvió a presentársele como brotando de un abismo de tinieblas. La misma voz de música que en aquella hora le hablara, se le hizo oír también ahora:

- "¿La quieres?... Aún estás a tiempo de rechazarla.

"¡Libre eres de aceptar o no esa afrentosa muerte. Emancipado como estás de la materia, puedes cortar el hilo fluídico que te une a la vida física y eludir la muerte infamante y dolorosa de la cruz!. Elige".

-¡La cruz!... -clamó muy alto, en un gemido postrero de agonía, y cayó exánime cubierto de helado sudor, como si en verdad lo envolviera la muerte con sus velos de escarcha... .

Sus discípulos cansados y tristes, se habían tirado sobre el césped sin voluntad para nada, sino para gemir agobiados por la desesperanza que parecía haberles helado hasta la médula de los huesos.

¿En esto venían a terminar sus brillantes ilusiones alimentadas con loco afán durante más de tres años consecutivos?.

Los que habían abandonado parientes, amigos y posesiones por esta obra cumbre, que debía marcar nuevas rutas a la humanidad, ¿qué dirían al volver vencidos, deshechos, sin fe ni esperanza, como pajarillos aturcidos por los azotes de la tempestad?.

Estos sombríos pensamientos fueron de pronto interrumpidos por la voz del Maestro que parecía haberlos percibido.

-Velad y orad para no ser vencidos por la tentación. Ya os dije que hoy sería puesta a prueba vuestra fe en mí. Y aunque el espíritu está alerta, la materia desfallece a menudo. Orad juntamente conmigo.

Y tornó a retirarse al mismo sitio donde oraba siempre al pie de aquel peñasco, testigo mudo de la agonía del Hombre-Dios.

De pronto, el silencio de la noche fue bruscamente quebrado por los pasos precipitados y sordo rumor de voces de muchos hombres, que venían por el camino de la ciudad.

No eran soldados romanos pues no tenían sus vestiduras ni los emblemas y blasones que llevaban siempre con ellos.

Vestían la librea de los guardianes y servidores del palacio de Caifás, el pontífice reinante. Iba uno de los tres comisarios del Templo con dos auxiliares. Y a cada lado de Judas, principal personaje de esta embajada, caminaban majestuosamente un hijo de Hanán y un Juez del Sanedrín. Las picas y lanzas brillaban siniestramente a la llameante luz de las antorchas con que alumbraban el camino. Eran entre todos cincuenta hombres.

"Dios da su luz a los humildes y la esconde a los soberbios", había dicho el Divino Maestro, y su palabra se cumplía en Judas en ese instante que engreído por lo que él creía un triunfo, iba pensando que aquella era una digna escolta para conducir al Mesías, futuro Rey de Israel a enfrentarse privadamente con la más alta autoridad de la Nación que convencida de la verdad, le proclamaría en el último día de la Pascua.

El Maestro se acercó a los suyos y les dijo con gran serenidad:

-¡Levantaos y salgamos del huerto, que los que debían venir, ya están aquí.

La llama de los hachones dio de lleno sobre el grupo formado por el Maestro y los suyos.

Estos vieron también a los que llegaban, y entre ellos reconocieron a Judas que venía adelante. Éste avanzó unos pasos y dijo en alta voz:

-¡Dios te salve Maestro!- y le dio un beso en la mejilla.

-¡Amigo!... ¿con un beso entregas a tu Maestro?

Judas iba a explicarse, pero Jhasua se adelantó al grupo de hombres armados para preguntarles:

-¿A quién buscáis?

-A Jhasua de Nazareth llamado el Cristo -contestó el comisario.

-¡Yo soy!

Esta frase resonó como un estampido de algo formidable que se rompe en un instante, y los de la escolta dieron un salto atrás como si hubieran visto reventar el cráter de un volcán. Esto dio lugar a que algunos cayeran al suelo y se apagasen las antorchas. Gran confusión se produjo, y los discípulos, y el tío Jaime y Pedro que llevaban espadas se pusieron en guardia, los demás que sólo tenían sus bastones de viaje se apretaron junto al Maestro que volvió a preguntar:

-¿A quién buscáis?.

-A Jhasua de Nazareth llamado el Cristo -contestó el comisario del Templo no tan valientemente como la primera vez, pues los hombres de la escolta se retiraban cuanto podían, temerosos de otro estampido como el que les sacudió un momento antes.

-Yo soy -contestó el Maestro-. Y si a mí me buscáis, dejad en paz a estos que me rodean.

A una señal del juez, se adelantaron dos hombres con gruesos cordeles y ataron las manos al Maestro.

-¿Faltáis a vuestra palabra!, ¡eso no es lo convenido! -gritó Judas. Mas, como esto había sido previsto, algunos de la escolta sacudieron sus picas contra él, que rodó por un barranco, aturdido por los golpes y con el rostro sangrado al chocar con las piedras del despeñadero.

Pedro enfurecido asestó golpes con su espada a derecha e izquierda, igualmente el tío Jaime, mientras sus compañeros haciendo molinetes con sus bastones golpearon a quien se puso a su alcance.

La voz serena del Maestro les llamó al orden.

-¿Qué hacéis?. Sois como los del mundo que al golpe respondéis con el golpe... .

"Guardad amigos, espadas y bastones, que el cáliz que me presenta mi Padre debo beberlo hasta la última gota".

El desolado grupo se arremolinó en la sombra de los árboles, mientras seguían con la mirada la blanca figura de su Maestro que a la débil claridad de las estrellas sólo parecía un cendal de gasa que se alejaba llevado por el viento.

Le conducían en profundo silencio, a fin de que en el camino a Jerusalén, poblado de tiendas de peregrinos, nadie se apercibiera de lo que ocurría.

Pasado el primer estupor, los discípulos reaccionaron y con la fuerza que da la desesperación, comenzaron a correr hacia la ciudad por distintos caminos del que la escolta seguía. Querían llegar antes para dar aviso al príncipe Judá, al Hach-ben Faqui, al Scheiff Ilderín que tenía fuerzas armadas en previsión sin duda de este caso inesperado.

Aunque su Maestro les había tenido apartados de todos aquellos preparativos bélicos, ellos sabían que se venían haciendo desde tiempo atrás.

En grupos de dos o tres se dispersaron saltando entre barrancos y matorrales como ciervos perseguidos por la jauría de los cazadores.

El tío Jaime con Juan llegaron pasada media noche al palacio Henadad sumido en la oscuridad y el silencio.

En el pórtico de entrada velaba Boanerges que les abrió la puerta sigilosamente. No necesitó preguntarles qué ocurría porque en los rostros de ambos estaba reflejado el triste acontecimiento.

-El Maestro acaba de ser prendido -dijeron ambos a la vez dejándose caer como extenuados sobre uno de los estrados.

-Ya me lo figuraba -contestó el jovencito con sus ojos llenos de llanto-.

"Yo dormía en el cenáculo por acompañar de cerca a la señora y en sueños vi al Maestro que me decía: *Ya llegó mi hora*. Me levanté y vine a la puerta porque esperaba que enseguida vendríaís".

Las mujeres galileas en la alcoba de Myriam, la rodeaban con indecible amor, y la dulce madre, cuyas lágrimas se habían agotado, sentada en su diván, miraba con tenacidad el cirio encendido que se iba consumiendo lentamente.

En su pensamiento comparaba la vida del cirio con su propia vida, y se decía a sí misma en el fondo de su alma: "Su vida y mi vida son como la luz de este cirio: ¡una sola llama!... una vida sola que pronto se extinguirá, para encenderse juntas de nuevo en el seno de Dios.

La llegada de Juan y el tío Jaime les sobresaltó enormemente.

Juan se abrazó de su madre Salomé y rompió a llorar como un niño.

El tío Jaime se acercó a Myriam que estaba entre María y Ana y sólo dijo estas palabras: -Jhasua fue prendido y le llevan al palacio del pontífice Caifás. No sabemos nada más.

-Yo sé lo demás -dijo Myriam sin dejar de contemplar el cirio que se iba consumiendo-.

"La luz que nos alumbraba a todos pronto será apagada -añadió-. ¿Qué será entonces de nuestras tinieblas?.

Ana y María se abrazaron a ella llorando desconsoladamente.

Y la heroica madre, que una fuerza sobrehumana parecía sostener, tuvo el valor de decirles:

-¡Haced conmigo al Señor la ofrenda de su vida amada sobre todas las cosas de la tierra, y el Señor secará vuestro llanto y ya no lloraremos más, nunca más!... .

Mediante repetidas dosis de jarabe de naranjas, la angustiada madre del Mártir cayó en un profundo sueño, del que no se despertó hasta poco antes del amanecer.

Ana, la menor de las hijas de Joseph, casada como se sabe con Marcos, se recostó en el mismo diván en que reposaba Myriam y dijo que la velaría durante toda la noche.

María de Mágdalo se fue a su alcoba, después de averiguar que el tío Jaime y Juan se habían lanzado a la calle para dar aviso al Príncipe Judá de lo que ocurría.

En aquellos momentos de suprema angustia, aún esperaban poder salvar al Maestro. Pero el tío Jaime decía tristemente a Juan mientras andaban en la obscuridad de las tortuosas calles:

-Más que el Sanhedrín, temo a la propia voluntad de Jhasua que no quiere ser salvado. ¿Por qué se ha despedido de todos nosotros?. Porque está decidido a morir.

-Es verdad -contestábale Juan-. Lo ha dicho claramente esta noche.

"Donde yo voy, vosotros no podéis venir. Me voy al Padre" "Ya es la hora".

-¡Sí, sí... así ha dicho!... no obstante algo deberemos hacer para evitar que se cometan atropellos con él.

Y se dirigieron al palacio de Ithamar en busca de Judá, del Hach-ben Faqui y el Scheiff Ilderín, los tres jefes de las fuerzas armadas que se habían organizado.

Mientras tanto, María de Mágdalo esperó que todas sus compañeras se hubiesen retirado a sus alcobas ya que era pasada la media noche.

Llamó con sigilo a Boanerges, el pastorcillo músico y le mandó prepararse para acompañarla en una excursión por la dormida ciudad.

-Espérame en el pórtico -le dijo- que enseguida voy.

Ya sola en su alcoba, se engalanó esmeradamente como si fuera a concurrir a un suntuoso festín.

Se vistió al uso de las cortesanas egipcias para encubrir un tanto su personalidad. Convertida toda ella en una nube de gasas, su cabeza, cuello y brazos resplandecían de diademas, collares y brazaletes.

La agitación febril que la dominaba, prestaba colorido y animación a su rostro que parecía un bouquet de rosas encarnadas de abril.

-Vamos -dijo secamente a Boanerges que la esperaba.

-¿Adónde? -preguntó él.

-Sígueme tú -le contestó ella.

Y cruzaron calles y callejuelas y doblaron esquinas, y se ocultaron en pórticos y columnatas cuando sentían pasos y voces de las patrullas romanas que guardaban el orden.

Nuestros dos personajes se encaminaban al palacio de Caifás, donde sabían que fue llevado el Maestro.

Aquella joven mujer con sólo un cuarto de siglo de vida, conocía a través de sus estudios, la historia de todos los desatinos y las claudicaciones de los hombres por los encantos de una mujer.

Clelia la heroína romana de los primeros tiempos de Roma, tomada prisionera como rehén por el general etrusco Porsena ¿no había quebrado en pedazos su voluntad dura como el hierro y lo había hecho darle libertad a ella, junto con todos los niños que debían ser pasados a cuchillo?.

¿No había encadenado la voluntad de Alejandro Magno una princesita persa que lo llevó hasta adoptar costumbres, lengua y usos del país de los ganados, y de las rosas bermejas?.

¿No había doblegado Cleopatra, la egipcia, a Julio Cesar que le dio un trono por sus sonrisas, y a Antonio el invencible guerrero ¿no le hizo dejar la espada por el encanto de sus festines en barcas sobre las aguas del Nilo?.

¿Qué prodigio sería pues, que ella, joven y hermosa doblegase la voluntad de los doctores y jueces del Sanhedrín para libertar al Profeta Nazareno, cuya excelsa grandeza la hacía comprender un amor superior a todos los amores de la tierra?.

Tal era el sueño insensato a que el amor y el dolor llevaban como de la mano a la mujer cubierta de manto azul, que caminaba seguida de Boanerges por las tortuosas y oscuras calles de Jerusalén a poco de haber sido prendido el Maestro.

Cuando estaban a cien pasos del palacio, vieron abrirse la poterna del patio de la servidumbre, y que salían cautelosamente hombres cubiertos de mantos, varios esclavos y dos parejas de guardias del palacio. Y en medio de ellos, el Hombre Dios con sus manos atadas a la espalda, despojado ya de su manto y conducido como un reo vulgar. Juntamente con él llevaban otro prisionero, de siniestro aspecto y cuyas oscuras ropas se confundían con las sombras de la calle.

Llegado nuestro relato a este punto, veamos qué había pasado en el palacio de Caifás y por qué sacaban de allí al prisionero.

Astutos y recelosos hasta lo sumo, los enemigos del Profeta, temieron que sus discípulos levantaran al pueblo en masa para defenderle, y el palacio de Caifás, aunque grande y suntuoso, no era una fortaleza como para contener una multitud enfurecida. Juzgaron prudente llevarle a la Torre Antonia, juntamente con el bandido que años atrás había robado en el Templo mismo, y al cual sólo la astucia de los agentes del Sanhedrín pudo capturar. Había sido llevado a Caifás engañado por una esclava aleccionada para ello.

La policía del Sanhedrín gustaba medirse con la policía romana, y a ser posible, dejarla en una mediocridad deslucida. Este juego se venía haciendo desde los tiempos del pontífice Ismael-ben-Pabhi, en los comienzos de la delictuosa administración de Valerio Graco.

El reo compañero de Jhasua de Nazareth era un tal Barr-Abbás, ladrón, asesino y salteante de la peor especie.

Dos jueces del Sanhedrín: Rabí Chanania y Samuel Apkatón iban al frente de aquel heterogéneo grupo de hombres que conducía los dos presos.

Al llegar al portalón de la Torre Antonia les recibió el Centurión que estaba de guardia y no se extrañó nada, pues eran frecuentes los envíos de este género de parte del Sanhedrín.

La guarnición de la Torre estaba ya cansada de estos solapados y encubiertos manejos, muchos de los cuales sólo respondían a venganzas por asuntos religiosos o cuestiones de intereses creados.

Al Centurión le dijeron solamente al entregarle los presos que les guardaran cuidadosamente, pues se trataba de reos muy peligrosos, por los cuales se entenderían con el Procurador al siguiente día.

El aspecto de ambos era tan diferente uno del otro, que el militar se quedó mirando estupefacto al Maestro por un breve rato.

Mandó que llevaran al otro a uno de los calabozos del subsuelo porque en verdad su persona toda, delataba que era un delincuente. Su cara llena de cicatrices y su mirada torva y recelosa junto con su descuidada vestimenta y su cabello y barba enmarañados, lo decían a todas luces.

Pero el preso joven, de la túnica blanca... .

-¡Oh!... ¡por los rayos de Marte!... -decía el militar romano- que este parece un Apolo que se dejó crecer la barba para que le respeten las Musas. ¡De seguro que en éste hay misterio y gordo!.

"Que me corten las dos orejas, si este buen hombre no es una víctima del odio de los judíos".

Y el Centurión condujo al Maestro a la cámara de detenidos, situada en la planta baja de la Torre principal. Le desató los cordeles que tiró a un rincón y encendió una lamparilla de aceite que pendía de la techumbre.

A la escasa claridad de la lámpara, el militar observó de nuevo al prisionero y cada vez más absurda le parecía aquella prisión.

-¿Por qué te han traído aquí? -le preguntó.

-Aún no estoy enterado de qué me acusan. Mañana lo sabré -contestó el Maestro.

El soldado le indicó el estrado cubierto de una estera y unas mantas por si quería descansar.

Cerró con llave la puerta de barrotes de hierro y se alejó.

Siendo tantos los personajes que directa o indirectamente intervinieron cerca del Profeta Nazareno en el episodio final de su vida, nos vemos obligados a retroceder unos momentos para encontrar a sus demás amigos íntimos.

Cuando el Maestro fue introducido al palacio de Caifás, entraron al patio de la servidumbre que era como una plaza, Pedro, Santiago, Tadeo y Bartolomé.

En el centro había una gran hoguera rodeada de bancos de piedra. Un estanque en un ángulo, una mesa de enormes proporciones en otro, donde se veían cestas de pan y restos de comida, lo cual demostraba que allí los guardias y siervos pasaban la noche comiendo y bebiendo. A aquel patio daban las caballerizas, las cocheras y las habitaciones de la servidumbre muy numerosa.

Los discípulos se mantenían en el portal de entrada, casi desapercibidos por la obscuridad de la noche que la luz de la hoguera no alcanzaba a disipar. Pedro no podía soportar la ansiedad por saber qué harían del Maestro, y poco a poco se fue mezclando entre la algarabía de los guardias, esclavos y esclavas que entraban y salían del patio a la cocina, a la bodega y subían la escalera del piso principal, donde estaba reunido parte del Sanhedrín.

Por los grandes ventanales se veían circular los criados con bandejas y fuentes, sirviendo a los magnates apoltronados en el salón del pontífice.

La venerable cabeza blanca de Pedro no tardó en llamar la atención de algunos de aquellos hombres. Y uno de ellos dijo al otro:

-Ése es también galileo, y estaba en el huerto cuando apresamos al Rabí milagroso. ¿Qué querrá aquí?.

Y dirigiéndose a Pedro le dijo:

-¿No eres tú de los compañeros del preso que tenemos allí dentro?. Me parece haberte visto con él.

Pedro disimuló como pudo su sorpresa al verse descubierto y sin detenerse ni un segundo a pensar contestó:

-¿Qué sé yo de vuestro preso!. Yo soy un pescador de Tiberiades y he venido a la fiesta como todo hijo de Israel. Viendo aquí buenas gentes reunidas en paz y alegría, me he llegado a distraerme porque no tengo familia en la ciudad.

Y cuando otros de los criados o guardias creyeron reconocerle también, lo negó, asegurando que no sabía de qué persona se hablaba.

Un gallo cantó en el rincón del establo, y fue para Pedro como si un puñal le hubiera atravesado el corazón. Recordó las palabras de su Maestro; percibió su dulce mirada como un resplandor de luna en la siniestra oscuridad de su angustia, y salió despavorido como si un horrible fantasma le persiguiera. En la simiobscuridad del portalón tropezó con su hermano Andrés que había llegado también en busca de noticias y abrazándose con él, se desató una tempestad de sollozos que no podía contener.

-¿Qué pasa?. ¿Han condenado al Maestro?... . ¿Qué tienes?... .

¡Inútiles preguntas!. Pedro se había dejado caer sobre un estrado del portalón y todo arrebuñado en su manto lloraba convulsivamente.

Por fin se levantó y echó a correr en dirección a la calle del Comercio. Su hermano Andrés le siguió hasta el palacio Henadad, donde entró sin haber pronunciado una sola palabra.

Allí debían estar el tío Jaime, Hanani y Zebedeo. Allí estaba Myriam la dulce madre del Maestro, todos sus amigos de Galilea... delante de todos los cuales confesaría su horrible pecado, su espantoso pecado.

¡Había tenido miedo de confesar que era un discípulo del Justo, que esa noche habían prendido como a un malhechor!.

¡Él!, ¡tan luego él, a quien más confianza tenía el Maestro!... . ¡A quien le encargaba siempre cuidar de sus compañeros en ausencia suya!... . ¡Jehová justiciero!... .

¿Cómo no se abría la tierra para tragarlo?. ¿Cómo no se derrumbaba la techumbre para aplastarlo como a un reptil miserable?. ¿Cómo no caía un rayo de los cielos y le consumía como a vil escoria?.

Jadeante llegó al pórtico donde aún parpadeaba la lámpara que Boanerges no cuidó de apagar cuando salió siguiendo a María.

Pero aún le fue negado el consuelo de sus amigos galileos, Myriam dormía, Hanani y Zebedeo no estaban. El tío Jaime y Juan no estaban. María de Mágdalo y Boanerges no se encontraban en sus habitaciones.

Y Pedro como enloquecido se lanzó de nuevo a la obscuridad de la calle.

Apenas habría andado cuatro pasos cuando tropezó con dos bultos que venían en dirección contraria, Eran Nebai y Vercia que no viendo llegar ni a Judá ni a Faqui, iban a la casa de María creyendo encontrar allí las noticias que buscaban. Las seguía a dos pasos Shipro, el joven siervo egipcio compañero de infancia del príncipe Judá.

Por fin encontraba Pedro con quien desahogar su pena.

A Nebai la conocía desde muy niña allá en las montañas del Tabor, y sabía bien cuán grande era su amor y adhesión al Maestro.

-¿Adónde vais? -les preguntó Pedro al reconocerlas.

-Al palacio Henadad buscando noticias.

-No hay nadie allí que pueda dar mayores y peores que os las pueda dar yo.

Y ahogando los sollozos en el fondo de su pecho les refirió todo cuanto había pasado en el huerto de Gethsemaní, y en el patio del palacio de Caifás.

La hora de la inmolación suprema había llegado según lo repetía el Divino Ungido en sus últimos días, y debido a eso, todo parecía combinarse para hacer fracasar los esfuerzos de los suyos por salvarle de la muerte.

El astuto Hanán, alma de la vida política y religiosa de Judea, no permitió que se convocara a todos los miembros del Sanhedrín que eran sesenta y uno. Valiéndose de subterfugios intencionados, dejaron sin aviso a seis miembros que eran grandes amigos del Maestro: Eleazar y Sadoc, sacerdotes pertenecientes a la Fraternidad Esenia; José de Arimathea, Gamaliel, Nicodemus y Calva-Schevona, nombre judío de Nicolás de Damasco. Estos seis hombres incorporados de nuevo al Consejo por la elección reciente, resultaban temibles en el Sanhedrín, pues siendo su palabra de admirable lógica, y su vida recta consagrada a la verdad y a la justicia, arrastraban con sus opiniones a los pocos hombres de alma sana y corazón sincero que había en el seno del Gran Consejo, como ser Chanania Ben Chisva que desempeñaba el arbitraje en las votaciones y Rabbí Shanania, vicario de la cámara de sacerdotes, Jonathás Ben Usiel filósofo y poeta, y Simeón de Anathol doctor en leyes.

El viejo Hanán que durante diez años había ejercido el pontificado y que sus cinco hijos lo

habían ejercido también bajo la tutela de su padre, conocía toda esta red tendida en el Sanhedrín, al cual no le convenía en ninguna forma que se levantaran fuertes oposiciones en el seno del Gran Consejo, precisamente cuando a sabiendas iba a cometer el más horrendo delito desfigurado de juicio legal.

Y fue debido a esto que los cuatro doctores amigos del Maestro desde su niñez, ignoraron por completo su prisión hasta poco antes del mediodía siguiente.

En la reunión privada que hemos visto que se realizaba en el salón del pontífice entre fuentes de exquisitos manjares y delicados vinos de Corinto y de Chipre, sólo se hallaban los miembros *incondicionales* de Hanán: Caifás su yerno y pontífice; sus cinco hijos: Eleazar, Jonathas, Matías, Teófilo y Unano; más los tres hijos del viejo Simón Boetho, cuñado de Hanán; Elkias, tesorero del Templo, Samuel Akatón, Doras y Aananias de Nebedal. Eran sólo catorce, pero los más indicados para tejer en la sombra la más hábil urdimbre que pudiera luego convencer a los imparciales, hasta que se llegase a la mitad por lo menos de votantes a favor de la condena a muerte para el Profeta de Dios.

Entre los criados de Caifás que servían en su festín del crimen, estaba aquel esclavo egipcio enamorado de una de las esclavas de Claudia, esposa del Procurador Pilatos.

Ambos palacios eran vecinos como ya dijimos; el portalón de las caballerizas del uno quedaba a pocos pasos de las grandes verjas de los jardines, del palacio de Herodes, habitación entonces del Procurador. Y el esclavo egipcio pasó a la esclava gala todas las noticias que pudo conseguir referentes a la prisión del Profeta Nazareno y a la decisión del Sanhedrín de condenarle al siguiente día.

La triste noticia le llegó a Claudia pasada la media noche. La esclava gala se atrevió a entrar a la alcoba de su señora sin ser llamada, esperando que lo grave de aquel anuncio la salvaría de la reprimenda.

El Procurador en su despacho de la planta baja atendía los últimos asuntos del día, firmaba correspondencia urgente, recibos de tributos, órdenes de confiscaciones, de compras de víveres para las distintas guarniciones que en las fortalezas y torreones de Samaria y Judea garantizaban al gobierno de Roma la sumisión de los pueblos tributarios.

Claudia no tuvo la paciencia de esperar que su marido subiera a su alcoba, y bajó a buscarle a su despacho.

Estaba solo.

-Gran novedad debe ocurrir -le dijo al verla dejar el lecho a tal hora.

-Los malvados viejos del Sanhedrín han prendido esta noche al Profeta Nazareno -contestóle Claudia sobrecoyda de espanto.

-Y ¿eso te asusta?. En los años que llevamos aquí, aún no te has acostumbrado a que los devotos siervos de Jehová no son felices sino cuando tienen alguna víctima entre las manos. Esta vez le tocó el turno a tu Profeta Nazareno. No sabía nada.

-¡Tú no le dejarás condenar!... -gritó Claudia con una gran excitación nerviosa-. ¡Es un justo enviado de los dioses!.

-¡Cálmate mujer!. ¿Crees tú que se va dejar condenar así como así, un hombre idolatrado por el pueblo y que obra estupendas maravillas no bien mueve las manos?.

"De todos modos te agradezco el aviso, pues así estaré preparado para capear la tormenta mañana.

"Acabo de firmar una orden de salida de la mitad de la guarnición que hay en la Fortaleza de la puerta de Jaffa con destino a Sebaste donde hay alboroto; pero tu noticia me hace cambiar de resolución. ¿Quién contiene al pueblo mañana, si a los malvados viejos a quienes los dioses confundan, se les antoja azotar al prisionero según costumbre?.

"A esa sola pena les dejó derecho Augusto y a fe que tuvo razón y desde que vivo en este país de profetas y de milagros, he visto ya centenares de hombres inutilizados por la flagelación.

Y mientras así hablaba Pilatos, tomó el pliego a que había aludido y lo hizo mil pedazos, con visibles muestras de mal humor.

-¡Pero tú no le dejarás azotar por esos malvados!... -insistió Claudia próxima a llorar.

-¡No me canses mujer!... . En los asuntos religiosos de los judíos yo no puedo inmiscuirme. Y si el Cesar les dejó autoridad para azotar a los transgresores de sus leyes ¿qué quieres que yo haga?.

Claudia se dejó caer sobre un diván y rompió a llorar amargamente.

Pilatos se levantó conmovido y se acercó a ella.

-¡Bueno, basta, basta ya!. Te prometo que haré cuanto esté de mi parte para evitar que ese buen hombre sea molestado en nada. Haré alguna otra concesión a los viejos de las muchas que piden cada día a cambio de la libertad del Profeta.

"Y he terminado aquí. ¡Vamos! -y rodeando con su fuerte brazo la cintura de Claudia, subió con ella a las suntuosas alcobas en el piso principal.

Dos cabos sueltos hemos dejado en las últimas páginas de nuestro relato: A María y Boanerges ocultos en un portal siguiendo con la mirada al Maestro conducido por un grupo de hombres que salió del palacio de Caifás y le llevaron a la Torre Antonia.

Y Pedro desconsolado hasta la desesperación, desahogando su angustia con Nebai y Vercia a poca distancia del palacio Henadad.

Cuando ambas escucharon el triste relato se quedaron mudas de espanto, sin saber qué resolución tomar.

-¡Pero Judá!... . ¡Yo no sé cómo es que no está en casa a estas horas! -decía Nebai pensando siempre en que él salvaría al Maestro.

-Mi señora -dijo Shipro-. El príncipe Judá vendrá al amanecer pues cuando caía la noche salió hacia Joppe a todo el correr de un buen caballo. Ahora habrá llegado allá.

-¡A Joppe!... . ¡Dios mío! y ¿qué va a hacer a Joppe si es aquí tan necesaria su presencia?.

-Cuando iba a montar yo tenía el caballo de la brida y oí que decía al Hach-ben Faqui, *que no llegó un correo urgente esperado desde ayer y él iba personalmente a buscar no sé qué documento importante que espera de Roma* -contestó el fiel criado.

Nebai, que conocía aquel asunto murmuró a media voz:

-Basta que no llegue demasiado tarde.

La Druidesa Vercia no había abierto sus labios pero era notorio su estado de preocupación.

Resolvieron ambas mujeres volver a casa, pues Nebai había dejado sus dos niños dormidos. Acaso también su abuelo Simónides o el Hach-ben Faqui tuvieran algún indicio que les orientara en aquel desconcertante laberinto.

Pero y Andrés regresaron a su hospedaje esperando asimismo encontrar algún recurso de última hora que les indicase lo que debían hacer.

Mientras, sucedía esta escena en el oscuro recodo de un murallón, María de Mágdalo seguida de Boanerges habían llegado a la Torre Antonia, a cuyos muros se apretaban cautelosamente buscando que su sombra les protegiera de la mirada indiscreta de algún transeúnte nocturno.

No había más claridad que la ancha franja de luz que salía de la portada de la Fortaleza, en la cual vieron aparecer a los hombres embozados con los criados y guardias que habían conducido al prisionero.

Les vieron alejarse en el más profundo silencio y sin luz alguna, lo que indicaba que no deseaban ser sentidos por nadie.

-¡Señora!... ¿qué vas a hacer? -dijo Boanerges a María cuando la vio avanzar hacia la portada.

-Pediré que me dejen hablar al Profeta. ¿Tienes miedo acaso?.

"Quédate detrás de una columna del pórtico, que yo entraré sola.

-No temo por mí, sino... . -Y el pastorcillo no se atrevió a terminar la frase.

-¡Ya te comprendo! -contestó María-. Temes para mí algún ultraje de los soldados. No temas. El Dios del Profeta Nazareno está conmigo.

"Espérame aquí".

Y sin vacilar subió ligera las pocas gradas del pórtico.

Se detuvo al centro de la puerta, y toda la luz dio de lleno sobre aquel bulto azul que inesperadamente surgía de las tinieblas.

El guardián que estaba allí como una estatua de bronce y hierro, atravesó la lanza ante ella cerrándole la entrada.

-¿Qué buscas aquí? -le preguntó en lengua latina.

-Quiero hablar al prisionero -contestó secamente María.

-Los presos no reciben visitas a esta hora. Vete.

El Centurión de la guarnición que dormitaba echado sobre un diván en el fondo de aquella sala, se incorporó a medias a ver con quién hablaba el centinela.

Al ver una mujer encubierta, se levantó y fue hacia ella.

Era un noble soldado que había servido a las órdenes del Duunviro Quintus Arrius, padre adoptivo del príncipe Judá, a cuya generosidad estaba agradecido.

-Descúbrete noble dama -le dijo con acento afable- y dime lo que buscas a estas horas.

María dejó caer sobre los hombros el manto que cubría su cabeza, la que apareció como una flor de oro ante los asombrados ojos del Centurión.

-¡Por los dioses!... -exclamó- que eres una musa escapada del Olimpo. ¿Qué quieres?.

-Centurión -le dijo-. Mi madre era romana y tenía orgullo de la nobleza de los romanos. Te ruego que me dejes hablar con el prisionero que acaban de traer.

-Es que son dos; pero ya me figuro cuál es el que tú buscas: el Apolo rubio y hermoso como un

sol. ¿Eres su mujer?.

-¡No, no! -contestó nerviosa... -¡yo no soy su mujer pero soy íntima amiga de su madre, que perderá la vida con la prisión de su hijo!. ¡Déjame hablarle por piedad, y los dioses en quienes crees compensarán tu noble acción!.

-Bien, bien, no creo que suceda ningún mal porque le hables, pero si eres tan noble como hermosa, me dirás lealmente si traes armas al prisionero.

-¿Armas?... ¿para qué?. Él no es hombre de armas, sino de paz y de amor. ¿No le has visto acaso el día que entró triunfante en la ciudad aclamado por el pueblo?.

El centurión se dio una palmada en la frente.

-¡Por los mil rayos de Júpiter!... . Éste es entonces el Profeta Nazareno protegido de Quintus Arrius (hijo).

-¡Justamente! -contestó María que empezaba a tener nuevas esperanzas-.

"¿Me lo dejas ver? -preguntó. Y extendió sus manos para que viera el Centurión que no tenía arma ninguna.

-¡Sí, sí, mujer!. Sígueme y luego dirás al príncipe Arrius lo que he hecho al escuchar su nombre.

María siguió al Centurión por una ancha galería que una lámpara colgada del techo iluminaba débilmente.

Al final se veía una verja detrás de la cual había también luz.

-Ahí le tienes -dijo el Centurión indicando la reja-. Háblale cuanto quieras.

-¡Maestro!... -clamó María cuando le vio sentado en el estrado, y que la miraba con sus dulces ojos llenos de paz y de serenidad.

-¡María!...

A estas dos solas palabras que se encontraron en el éter iluminado de amor, la verja se abrió sola ante los azorados ojos del Centurión que recordaba bien haberla cerrado con doble llave.

-¡Rayos y truenos del Olimpo! que si aquí no anda la magia, no soy Longhinos el Centurión.

María se había ya precipitado a la sala y caía de rodillas ante el augusto Mártir.

-¡Maestro!... . ¡Maestro!. Si vieras la desolación de tu madre y de todos cuantos te aman no te empeñarías en abandonarnos dejándonos solos en este mundo -le dijo entre sollozos y con sus manos unidas en actitud de desesperada súplica.

El Centurión seguía mirando con asombrados ojos, no la escena en sí, sino la puerta de la verja abierta por la que había pasado aquella mujer como un fantasma etéreo.

-Ten paz y sosiego en tu corazón María, y piensa que la Voluntad Soberana del Padre es quien me llevará a su Reino y no la voluntad de los enemigos.

"Débil y flaca es vuestra fe cuando teméis a los hombres que son una brizna de paja en las manos de Dios.

-¡Creemos Maestro, creemos que Él puede salvarte de tus enemigos! -exclamó María en una ardiente protesta de su fe-. ¿Acaso no hemos visto cerca de ti tantas maravillas?.

-Y aun os falta ver otra mayor -le contestó el Maestro con una firmeza que llenó de entusiasmo a María, pues interpretó que ocurriría un estupendo acontecimiento por el cual su Maestro manifestaría públicamente el divino poder de que estaba investido.

-Vete a casa María, y di a mi madre y a todos los que amo, que hoy mismo a la segunda hora de la tarde, estaré libre de mis enemigos y habré vencido a la muerte.

"¡Que la paz sea contigo!".

Ebria de gozo, besó María las manos del Maestro y cubriéndose de nuevo salió con pasos ligeros, dejando al absorto Centurión, que de nuevo cerraba con doble llave la reja de la prisión.

-¿Qué hay señora? -le preguntó Boanerges cuando la vio bajar de nuevo a la calle.

-¡Gloria!, ¡triunfé, Boanerges!. He visto y hablado al Maestro que tiene una paz y serenidad admirable.

"Dice que aun veremos una maravilla mayor de cuantas hemos visto, y que diga a todos cuantos le aman que *hoy a la segunda hora de la tarde estará libre de sus enemigos y habrá vencido a la muerte*. Son sus propias palabras.

-¡Gracia a Dios! -exclamó Boanerges-. Corramos a casa para que la buena nueva lleve el consuelo al corazón de la pobre madre.

Cuando llegaron, estaban ya allí los amigos galileos reunidos. Pero María vio que su gran noticia era recibida con dudas y recelos.

-El Maestro se despidió de todos nosotros. Luego él sabía que se va de nuestro lado -decía uno.

-Hay muchos modos de irse -contestaba otro-. ¿No se fueron Henoah y Elías llevados en carros de fuego por los ángeles de Dios?.

-¿No subió Moisés al Monte Nebo y nadie le vio bajar y nadie encontró su cadáver? -añadía un tercero.

-Se consumirá como este cirio -dijo Myriam secando dos lágrimas que corrían por su rostro- y su alma radiante y hermosa vendrá a nosotros, por las noches como un rayo de luna a alumbrar nuestro camino.

"¿Dios mío!, recibe mi holocausto supremo y que él sea siembra de paz y de amor sobre toda la tierra".

Y amaneció por fin el tremendo día que el Divino Ungido esperaba con ansia suprema llamándolo *su día de gloria, su día de triunfo, su día de amor* y de divinas compensaciones en el seno de su Padre.

Narradores fieles de lo acaecido en aquellas últimas horas de la vida física del Cristo sobre la tierra, debemos esbozar uno a uno los dolorosos cuadros donde los personajes se agitaban febrilmente movidos por una misma voluntad: salvar al Maestro de las garras de sus enemigos y proclamarle Rey de Israel, abatiendo todas las fuerzas que se interpusieran en el camino.

Tal como había dicho Shipro a Nebai, el príncipe Judá llegó al amanecer tan fatigado de la carrera, que ni aún pudo responder al saludo cariñoso de su esposa con la que se encontró a mitad de la escalera principal. Habiendo sentido que se abría el portalón de las caballerizas, ella bajaba apresuradamente con una lamparilla de mano.

La luz dio de lleno sobre el hermoso rostro de Judá que subía.

Su intensa palidez formaba un contraste con sus oscuros cabellos en desorden, y con la angustia que desbordaba de sus grandes ojos negros y expresivos en extremo.

-¿Qué tienes Judá? -le preguntó Nebai espantada.

-¡Ya lo sé todo!... -le contestó él subiendo a saltos los escalones que faltaban hasta el primer piso.

-¿Quién te lo dijo? -preguntó Nebai.

-Pedro y Andrés, que esperaban mi llegada en la puerta de Jaffa -le contestó Judá-.

¡Ríos de sangre correrán hoy por las calles de Jerusalén!... .

"Mandaré pasar a cuchillo dentro del Templo mismo, a esa piara de fieras hambrientas que se atrevieron a poner las manos sobre el Ungido de Dios.

"Antes de que el sol se levante de las colinas, desataré como una tempestad treinta mil hombres armados que no esperan sino una señal para lanzarse sobre Jerusalén".

Y Judá se sacaba a tirones su ropa de viaje, tropezando con taburetes, sitaliaes y divanes que encontraba al paso.

Nebai espantada lloraba de rodillas junto a las camitas de sus niños, pues jamás había visto a su esposo dominado por tan tremenda cólera. Le vio sacar de un cofre, donde jamás supo ella lo que guardaba, un lujoso uniforme de oficial primero, de la legión Itálica, a la que pertenecía la más noble juventud romana, y comenzó a vestírsele apresuradamente.

Cuando le vio blandir la espada resplandeciente, a la cual decía: "Tú vengarás el ultraje inferido al Mesías Rey de Israel"..., Nebai dio un grito salido del fondo de su alma y aun de rodillas tendió sus brazos hacia él.

Un nimbo de luz dorada llenó la alcoba aun sumida en la penumbra del amanecer. Ambos se quedaron paralizados en todos sus movimientos.

Tenían ante sí la dulce imagen de Jhasua que les sonreía con inefable ternura.

-¿Qué haces Judá, amigo mío, que afliges así a tu compañera y olvidas a tus hijitos?.

-¡Jhasua!... -murmuró Judá cayendo también de rodillas ante la luminosa aparición que se acercaba a ellos.

-Mi cuerpo duerme en la prisión, pero mi espíritu viene a vosotros porque me llegó el clamor de Nebai -díjoles con su voz sin ruido, la flotante visión que los envolvía con sus claridades y sus ternezas-.

"Guarda de nuevo tu espada, amigo mío, porque el Ungido de Dios no triunfará por las armas sino por el Amor y por la Verdad.

"La Voluntad del Padre que ordenó hasta el más pequeño acontecimiento de mi vida, ha ordenado también mi entrada triunfal en su Reino y no serás tú amigo mío, que quieras interponerte en mi camino al final de la jornada.

La radiante aparición estaba ya tocando a los dos jóvenes esposos, y sus blancas manos transparentes como tejidas de gasas, unían las dos cabezas, unían las dos cabezas con la suya intangible y etérea como en un abrazo eterno, cuyo recuerdo no debía borrarse jamás.

-¡Mi paz sea con vosotros!... -se oyó como una melodía, mientras la visión se diluía en celajes

dorados que iban destejiéndose en la penumbra de la alcoba silenciosa.

Judá se abrazó como enloquecido de Nebai y rompió a llorar con tan fuertes sollozos, que Noemí, su madre, se despertó sobresaltada en la alcoba inmediata y envuelta en una capa entró precipitadamente.

El brillante uniforme militar que su hijo vestía y el angustioso llanto de ambos la sobrecogió de espanto.

-¿Qué hay, hijo mío, qué pasa?.

-¡Jhasua fue prendido anoche y hay que salvarle de la muerte! -contestó Judá ahogando sus sollozos.

-¿Vas tú a intentar una rebelión? -preguntó, alarmada, la madre.

-¡Es que él rechaza toda acción armada y me deja atado sin poder moverme!... -gritó Judá, como si quisiera que su protesta fuera oída en todas partes.

El Hach-ben Faqui entró en la alcoba como un vendaval.

-Lo sé todo, Judá; cálmate, que todas las fuerzas que yo mando han entrado anoche por el subterráneo de los almacenes de Simónides, y están listas para cargar. El valiente viejo pasó toda la noche dirigiendo la entrada... uno a uno, ¡diez mil lanceros Tuareghs!... .

Judá lo oía como atontado.

-¿Qué tienes?... . ¿No me oyes? -preguntaba el valiente africano, decepcionado.

-¡Jhasua rechaza toda acción armada! -contestó Judá-; ordena que todo lo dejemos a la voluntad de su Padre, que Él solo basta para esta hora final.

-¡Imposible cruzarnos de brazos! -gritaba Faqui, sin comprender casi lo que decía su amigo-.

"El Scheiff Ilderín -añadió Faqui-, salió anoche a última hora para conducir hoy sus jinetes árabes que están acampados en los bosques de Jericó, y antes de medio día estarán aquí.

-¡Todo inútil!... -murmuraba con supremo desaliento Judá-, ¡Jhasua no acepta nada!... ¡no quiere nada!. ¡Dice que el Ungido de Dios no triunfará por las armas sino por la Verdad y el Amor!... .

"¡Faqui!... -gritó desesperado- ¡Jhasua es más fuerte que nosotros, y con una sola palabra nos encadena a los dos!... . ¡Antes de comenzar la lucha somos vencidos por él!.

-¿Y qué hay en lo de Roma y el Cesar? -preguntó con desgano el Hach-ben Faqui.

-¡Fracaso!, ¡otro fracaso! -contestó Judá-. El Ministro Seyano, en quien confiábamos, ha caído en desgracia, y a estas horas huye, porque el Emperador ha mandado matarle.

-¿Cómo?... ¿es posible?.

-Aparece complicado en el asesinato de su hijo Drusso -dijo simplemente Judá.

-¡Por las arenas del Sahara! -exclamó Faqui- que todo se une contra nosotros.

-¡Calma!... ¡calma! -dijo en la puerta el anciano Melchor que había previsto la llegada de este terrible momento, y acudía a sosegar aquella tempestad-.

"Los caminos de Dios no son los caminos de los hombres", -dijo Jehová al Profeta Isaías-. Si nuestro Jhasua rechaza toda acción armada... . Él es el Pensamiento Divino encarnado, el Verbo de Dios hecho hombre. ¿No ha de saber acaso lo que dice?.

-El príncipe Melchor tiene razón, Judá; esperemos con nuestras legiones alerta, a ver cómo se encaminan los acontecimientos -dijo Faqui.

Judá, que algo se había tranquilizado, les explicó la visión de Jhasua que habían tenido Nebai y él, en esa misma alcoba y todo cuanto les había dicho.

-¿Veis? -decía el anciano Melchor-. Somos aún pequeños para comprender los caminos del Señor, hijos míos. ¿Creeremos acaso que al Eterno Omnipotente le faltan medios para exaltar a su Enviado a un trono, si esa fuera su Voluntad?.



JHASUA ANTE SUS JUECES

A las primeras horas de la mañana se hallaban reunidos en el Templo, en el recinto destinado a deliberaciones judiciales, treinta y dos miembros del Sanhedrín para juzgar los supuestos delitos del más grande espíritu que bajó a la tierra, de la encarnación del Verbo Divino, del Pensamiento Divino, del Hombre-Dios, enviado por el Eterno Amor, para encarrilar de nuevo la marcha de la humanidad hacia sus gloriosos destinos.

Cuando el alma se absorbe en la meditación de esta tremenda aberración humana, no sabe qué admirar más; si la inaudita audacia de un puñado de soberbios ignorantes, o la divina mansedumbre del Cristo encarnado que se sometía sin protestar, a ser juzgado como un malhechor, por aquellos hombres cargados de miserias, de iniquidades, de ruines vilezas, que de escribirlas todas, resultaría un repugnante catálogo de los vicios y perversiones más bajas a que puede descender el hombre.

¡Tales eran los jueces de Israel, ante quienes comparecía Jhasua de Nazareth, Ungido de Dios!.

Ahogando los gritos de protesta de nuestro corazón; ahogando también los justos razonamientos de la lógica y del más elemental sentido común, ante aquella estupenda manifestación de la soberbia y de la malicia humana, cuando la ambición del oro y del poder les ciega, escuchemos las acusaciones de los malvados, en contra del Profeta Nazareno.

Después de las preguntas reglamentarias sobre *quién era, quiénes eran sus padres, dónde fue su nacimiento*, etc., etc., el pontífice Caifás hizo una señal a uno de los presentes, llamado el *Doctrinario* que era el primer juez para los delitos, en contra de las leyes religiosas establecidas, *como originarias de Moisés*.

Y comenzó la acusación.

-Éste hombre ha curado enfermos en día sábado consagrado por la ley a Jehová y al descanso corporal. ¿Qué contesta el acusado?.

-Que las obras de misericordia ordenadas por Jehová a sus más amados Profetas, no pueden jamás significar profanación del día del Señor, sino una glorificación a su santo Nombre y a su Poder Supremo -contestó con gran serenidad el Maestro-. Entre vosotros está presente el honorable Rabí Hanán a quien curé en día sábado de la úlcera cancerosa que le roía su vientre, y él no protestó por ello. Hubo testigos de tal hecho que pueden ser citados ante este Tribunal.

Fue en casa de la princesa Aholibama.

Esta declaración cayó como una bomba en el seno del Gran Consejo, y todos los ojos inquisidores se volvieron hacia el aludido, cuya confusión fue tal, que decía a gritos ser verdad lo que el acusado contestaba.

Como los rumores y comentarios subían de tono, el pontífice tocó la campanilla y el silencio se hizo de nuevo.

-Éste hombre ha dicho -continuó el acusador- que se destruya el Templo y que en tres días le reedifica.

-Defiéndete si puedes -gritó el pontífice.

-El hombre de bien cuya conciencia está de acuerdo con los Diez Mandamientos de la Ley Divina, puede hablar de su cuerpo físico, como de un santuario o templo que encierra el Ego o Alma, emanación directa del Supremo Creador. En tal sentido lo he dicho.

-¿Luego quieres decir -arguyó el Juez Doctrinario- que destruido tu cuerpo por la muerte, en tres día le resucitas?.

-Le saco del sepulcro, porque está en ley, que esta vestidura de carne no sea pasto de la corrupción -contestó el Maestro.

Aquí se armó otra baraúnda más ardiente que la primera. Los fariseos decían que el acusado era un *saduceo* sostenedor de la resurrección de los muertos.

Otros, que era un hebreo paganizado, que sostenía las teorías idólatras de Platón, Aristóteles y demás filósofos griegos. Otros que era de la escuela egipcia de Alejandría, y que iba a arrastrar al pueblo por caminos diferentes al trazado por Moisés.

Hanán, que era el más sagaz de todos aquellos hombres, comprendió que de seguir por ese camino no llegarían a una rápida conclusión y pidió la palabra al pontífice que era su yerno Caifás, y que se la concedió al punto.

-Es lamentable -dijo Hanán- que no lleguemos a entendernos respecto de este hombre, ante el cual se rebaja nuestra dignidad de Jueces, que no saben de qué delito le acusan.

"Seamos más precisos y categóricos en nuestro interrogatorio en forma que se vea obligado a decir la verdad respecto de su actuación en medio de nuestro pueblo.

"Hemos visto que este mismo pueblo le aclama como al Rey de Israel, como al Mesías Libertador anunciado por los Profetas. Que diga él mismo *quién es*, de quién recibió el poder de hacer las maravillas que hace, quién le autorizó para interpretar la Ley y enseñar al pueblo

doctrinas nuevas, como es la igualdad de derechos para todos los hombres hasta el punto de proclamar que el esclavo es igual que su señor.

El Maestro sereno, impasible, miraba fijamente a Hanán que no pudo sostener su mirada... esa misma mirada que lo envolvió en una aura de piadosa ternura cuando le curó su incurable mal.

Cuando el alterado vocerío se acalló, habló el acusado:

-En vuestra asamblea de esta noche, resolvisteis condenarme por encima de todo razonamiento y de toda justicia. ¿Por qué perdéis el tiempo ahora en buscar apariencias de legalidad a un juicio contra toda justicia?.

"¿Acaso me oculté para decir todo cuanto he dicho hasta ahora?.

"¿Acaso me aparté de la Ley del Sinaí grabada por Moisés en dos tablas de piedra?.

"¿Enseñé acaso en desacuerdo con nuestros más grandes Profetas?.

"¿En nombre de quién hicieron Moisés y los Profetas las obra de bien que realizaron en beneficio de sus semejantes, sino en nombre de Dios Todopoderoso, que lleno de amor y de piedad para sus criaturas, lo hace desbordar de Sí Mismo cuando hay entre ellas un ser de buena voluntad que le sirva de intermediario?.

-Bien -dijo el pontífice-. Tus contestaciones son agudas y no eres pesado de lengua para darlas, pero esto se hace demasiado largo y no llevamos camino de terminar.

"Dinos de una vez por todas. ¿Eres tú el Hijo de Dios, el Mesías prometido a Israel por nuestros Profetas?.

"En nombre de Dios te conjuro a que nos digas la verdad.

El Maestro comprendió que la acusación llegaba al punto final buscado para condenarle, y con una dulce tranquilidad que sólo él podía sentir ante el cinismo de sus jueces contestó:

-¡Tú lo has dicho!. ¡Yo soy!.

A estas solas palabras, expresión de la más pura verdad, aquellos viejos rabiosos, como energúmenos, enfurecidos, comenzaron a mesarse los cabellos, a gritar, a rasgarse las vestiduras y tirar los turbantes y las mitras, según era costumbre cuando alguien se permitía una horrible blasfemia en su presencia.

-¡Ha blasfemado!... ha blasfemado contra Dios y mentido como un vil impostor, erigiéndose en Mesías Ungido del Altísimo, cuando no es más que un amigo de Satanás, que hace por su intermedio obras de magia para embaucar a las multitudes.

-¡Reo es de muerte según nuestra ley! -gritaban varios a la vez.

-No podemos matarle sin el consentimiento del Procurador -dijo uno de los jueces-. Hasta ese derecho nos ha sido usurpado por el invasor.

-Según la costumbre establecida desde la invasión romana, el Sanhedrín puede someter sus reos a la pena de la flagelación.

-Que se cumpla en este audaz blasfemo, Jhasua de Nazareth -rugió el pontífice.

Y dos hercúleos sayones entraron en el recinto y tomando al Maestro por los brazos lo sacaron a una galería interior, donde había una docena de postes de piedra con gruesas argollas de hierro, a uno de los cuales le ataron fuertemente.

Y uno de aquellos verdugos comenzó a asestar golpes sobre aquella blanca espalda, que apareció listada de cárdeno.

Longhinos, que al entrar al prisionero siguió espionando desde la Torre Antonia, cuando llegó ese momento, avisó al Procurador Pilatos que escribía en su despacho del pretorio. Unido como estaba el Templo a la Fortaleza por *la galería de Herodes*, pronto estuvo en el recinto del Sanhedrín con Longhinos y otros soldados.

-¡Alto ahí! -gritó al sayón que azotaba al Maestro-, que si atormentáis a este hombre justo, os mando a todos al calabozo engrillados de pies y manos. ¡Harto estoy de todos vosotros y de vuestros crímenes en la sombra!.

Mandó a Longhinos que desatara al preso y le condujeran de nuevo a su primera prisión de la Torre Antonia.

Con dos golpes de espada, cortó el Centurión las cuerdas que ataban al Maestro a la columna, y le vistió apresuradamente sus ropas que habían sido arrojadas al pavimento.

Se apercibió de que el cuerpo del prisionero se estremecía como en un convulsivo temblor, y que una palidez de muerte cubría su hermosa faz.

Temió que iba a desvanecerse y mandó a dos de sus soldados que formaran silla de manos con sus brazos fornidos, y así le llevaron de nuevo a la prisión de la *Torre*.

El Maestro parecía haber perdido el uso de la palabra, pues se encerró en un mutismo del que nada ni nadie conseguía sacarle.

Diríase que si su cuerpo físico estaba aún en la tierra, su radiante alma de Hijo de Dios se cernía en las alturas de su Reino inmortal.

Su mirada no se fijaba en punto alguno determinado, sino que parecía vagar incierta más allá del horizonte que le rodeaba.

Pilatos había regresado a su despacho del pretorio cuando le llegó un pergamino de Claudia, su esposa, que decía:

"Guárdate de intervenir en la muerte del Profeta Nazareno porque en sueños he visto tu desgracia y la mía por causa de este delito que los sacerdotes quieren cargar sobre ti. Los dioses nos son propicios dándonos este aviso. No traspases su mandato porque seremos duramente castigados". - Claudia.

Terminaba el Procurador la lectura de este mensaje de su mujer cuando comenzó una gritería frente al pretorio que parecían aullidos de lobos o rugidos de una jauría rabiosa.

El Sanhedrín había sacado a la escena su último recurso: Los doscientos malhechores penados, comprados a Herodes para este momento, más los esclavos y servidumbre de las grandes familias sacerdotales que entre todos sumaban unos seiscientos hombres.

Con los puños levantados en alto y con inaudita furia vociferaban a todo lo que daban sus pulmones, pidiendo la muerte para el embaucador que había osado proclamarse Mesías, Rey de Israel.

El Procurador mandó cerrar todas las puertas de la fortaleza y una doble fila de guardias fue estacionada en la balaustrada del pretorio. Y mandó traer el prisionero a su presencia.

Pilatos no le había visto nunca de cerca, sino a cierta distancia el día de su entrada triunfal en Jerusalén. Ahora le veía en su despacho a dos pasos de él.

-Esto no es un juicio -le dijo- sino una conversación entre dos hombres que pueden entenderse.

"¿Qué tienen los hombres del Templo en contra tuya, Profeta de tu Dios?. Siéntate y hablemos.

Como el Maestro continuaba en silencio, el Procurador añadió:

-¿No quieres hablarme?. ¡Mira que yo puedo salvarte la vida!.

-Tú no puedes prolongar mi vida ni un día más -le dijo el Maestro.

-¿Por qué?. El derecho de vida o muerte lo he recibido del Cesar para toda la Palestina. Y ¿dices que no puedo prolongar ni un día más tu vida?.

-Porque es mi hora y hoy moriré -contestó otra vez el Maestro.

-¿Entonces eres fatalista?. ¿Dices que vas a morir hoy y estás cierto de que será?.

-Tú lo has dicho: hoy moriré antes de que el sol se ponga.

-No has contestado a mi primera pregunta: ¿Por qué te odian los hombres del Templo?.

-Porque soy una acusación permanente para su doctrina y para sus obras.

-Y ¿por qué te empeñas en servir de acusador contra de ellos?. ¿No te valdría más dejarles hacer como les dé la gana?.

-¡No puedo!... . Yo he venido a traer la Verdad a la humanidad de la tierra, y debo decir la verdad aún a costa de mi vida, y hasta el último aliento de esta vida.

-¿Y qué cosa es la Verdad que te cuesta la vida?. Porque muchos hombres hubo que enseñaron la Verdad y no por eso fueron ajusticiados.

El Maestro movió la cabeza negativamente.

-¿Te equivocas, ilustre ciudadano romano!. Difícilmente se encontrará un hombre que se atreva a desenmascarar a los poderosos de la tierra, y que muera tranquilo sobre su lecho.

-¿Algo de razón tienes, Profeta!. Pero dime, ¿qué Verdad es esa que tanto enoja al Sanhedrín judío?.

-Viven del robo y del engaño, del despojo al pueblo ignorante de la Ley Divina, al amparo de la cual cometen las mayores iniquidades y se hacen venerar como justos, que son ejemplo y luz para los servidores de Dios.

¡No pueden perdonarme!... . ¡No me perdonarán nunca que les haya paralizado su carrera de latrocinio, de mentira y de hipocresía y que les haya destruido su grandeza, *para siempre!*.

-¿Cómo *para siempre*, buen Profeta?. Tú vas a morir hoy, según aseguras, y ellos continuarán cargados de oro su vida de magnates de una corte oriental.

-¿Tú lo crees así, pero no es así!. Ellos me quitan la vida, pero la Justicia de mi Padre les borra de los vivos para inmensas edades y les anula en el concierto de los pueblos solidarios y hermanos para los siglos que faltan hasta el final de los tiempos. ¡Ningún suelo será su patria!.

"¡Perseguidos y errantes, el odio les seguirá a todas partes, hasta que llegue la hora de las divinas compensaciones para los justos, y la separación de los malvados.

"El que tuvo la luz en su mano y no quiso verla, es justo que se quede en tinieblas. Tal es la Verdad y la Justicia de Dios.

-¡Profeta! -le dijo Pilatos-. Confieso que no entiendo este lenguaje tuyo, pero sí veo claro que no hay delito ninguno en ti.

"¡A fe mía, que no morirás hoy!. -Y el Procurador dio un golpe con su mano en la mesa.

-¡Oye allá afuera!... . Te acusan de enemigo del Cesar, y te amenazan con hacerte caer como ha caído Seyano el Ministro favorito que hoy es condenado a muerte -díjole el Maestro.

Pilatos enfurecido al oír los desaforados gritos contra él, abrió un ventanal y dio órdenes de cargar contra la multitud.

La turba de malhechores, acobardada iba a desbandarse, pero a su espalda estaban los agentes del Sanhedrín, que les amenazaban con volverlos de nuevo a los calabozos de donde les habían sacado, y sin cobrar un denario del dinero prometido.

Les convenía seguir pidiendo a gritos la muerte del justo al cual no conocían, ni habían recibido de él daño ninguno. Pero ¡era tan dura y terrible la vida del calabozo en que estuvieron sepultados vivos y para toda la vida, que al hacer la comparación, no podían dudar!. Y seguían vociferando a la vez que se esquivaban de los golpes de los guardias montados, que les arremetían con sus caballos.

El Sanhedrín ponía en acción la técnica usada, en todos los tiempos por los hombres a quienes domina la ambición del oro y del poder: levantar la hez del populacho inconsciente y embrutecido por los vicios, en contra de las causas nobles y de los hombres justos, cuya rectitud les resulta como un espejo en el cual ven retratada de cuerpo entero, su monstruosa fealdad moral.

El procedimiento de esos poderosos magnates del Templo, no era pues nuevo, sino simplemente una copia de la forma empleada por la teocracia gubernativa de todos los tiempos, y de todos los países regidos por la arbitrariedad, el egoísmo más refinado y la más completa mala fe.



QUINTUS ARRIUS (Hijo)

En ese momento apareció en el primer ángulo de una calle transversal el príncipe Judá, que con su lujoso traje de primer oficial de la gloriosa "Itálica" y a todo el correr de su caballo negro retinto, avanzó por entre el populacho como un torbellino, atropellando a unos y otros y dejando tendidos a los que alcanzó el empujón irresistible de su corcel.

Sin desmontarse, entró a la vasta plaza y dio un grito que resonó en todas las bóvedas de la

Torre Antonia y del Templo.

-¡Por Roma y por el Cesar!. ¡A las órdenes del Procurador Romano, para hacer trizas a esta canalla!. ¡A las armas!... .

Los cuatro primeros oficiales de una Legión romana, eran Tribunos Militares o sea un grado muy superior a los Centuriones, por lo cual toda la guarnición debía obedecerle.

Pilatos había oído el grito formidable y salió a un balcón.

Judá le vio y le saludó con su espada, al mismo tiempo que decía:

-¡Quintus Arrius (hijo)!. ¡Viva el Cesar!. Un poderoso *viva* de toda la guarnición de la Torre, resonó como el eco de una tempestad.

La turba de malhechores se había corrido a lo largo de la calle y los agentes del Sanhedrín no sabían que partido tomar.

Las terrazas del Templo estaban desiertas y las puertas herméticamente cerradas. Los ancianos jueces del Sanhedrín no creyeron prudente asomar la nariz en aquellos críticos momentos.

Ellos oraban en la sombra, resguardados por la fuerza del oro y de aquella horda de piratas, que habían soltado a las calles de Jerusalén como jauría rabiosa para apresar un cordero... .

A la silenciosa prisión del augusto Mártir llegó también el grito formidable del príncipe Judá y le reconoció en el acto. Su corazón se estrujó como una flor marchita ante la noble fidelidad y amor de su amigo que no se resignaba a verle morir.

Conociéndole como bien le conocía el Maestro, comprendió que Judá no cejaría en su empeño, y que podía llevar las cosas a una violencia tal, que hubiera que lamentar después consecuencias fatales.

Estando libre de ligaduras, el Maestro se acercó a la puerta y llamó.

El viejo conserje acudió.

-Aunque te parezca extraño -le dijo- sólo yo puedo impedir que la revuelta llegue a mayor grado. Haz el favor de llamar al Procurador, o llévame ante él.

El conserje que temblaba de miedo por el furor del populacho y porque dos hijos suyos estaban entre la guarnición, corrió al despacho del Procurador y le avisó lo que ocurría.

Pilatos que tampoco estaba tranquilo, acudió al llamado.

-Profeta -le dijo- eres un gran personaje cuando así pones tan contrarias fuerzas en movimiento.

El Maestro tuvo ánimo para sonreírle al mismo tiempo que le decía:

-Si me permites hablar con Quintus Arrius (hijo) toda esta tormenta se calmará.

-Pero ¿tú le conoces? -preguntó Pilatos.

-Desde hace muchos años -contestó el Maestro.

Un momento después el príncipe Judá se abrazaba del cuello del Maestro, y toda su bravura de soldado se resolvía en un sollozo contenido y en dos lágrimas asomadas a sus ojos y que él no dejaba correr.

-¿Judá amigo mío!... -le dijo el Maestro con su voz más dulce que parecía un arrullo-: "tú me amas, ¿no es verdad?".

Judá ya no pudo contenerse y doblando una rodilla en tierra besaba una y mil veces la diestra del Ungido y le decía con su voz entrecortada por la emoción:

-¿Y me lo preguntas, Jhasua, mi Rey de Israel, el Mesías Ungido del Altísimo... mi sueño de liberación y de gloria para el suelo que me vio nacer... . ¿No comprendes Jhasua que destruyes mis ideales, que matas todas mis ilusiones, que reduces a la nada mis esfuerzos y mis trabajos de diez años atrás?. ¿No comprendes que me dejas convertido en un harapo, en un ente sin voluntad, reducido poco más que a una bestia que come, bebe y duerme, sin un pensamiento de hombre que merezca la vida?... .

El Maestro enternecido hasta lo sumo, se inclinó sobre la cabeza de Judá para dejar sobre aquella frente pálida y sudorosa el último beso de sus labios que también temblaban al decirle:

-Yo sé que me has amado mucho y que me seguirás amando aún cuando tus ojos no me vean más como hombre. No quieras oponerte a la Voluntad de mi Padre porque perderás en la lucha. Mi hora está señalada antes de la puesta del sol.

"¿Déjame morir feliz, Judá mío!... ¿feliz de sentirme amado por almas como la tuya; feliz de saber que seguiré viviendo en un puñado de corazones que comprendieron mis ideales divinos de amor, de paz, de fraternidad entre todos los hombres de la tierra!. Y que en esos corazones ha fructificado al mil por uno la divina simiente que sembré en este mundo y que vosotros que me habéis amado, llevaréis por todos los continentes y por todos los países. ¡He ahí, Judá, amigo mío, la más grande prueba de amor que quiero de ti!.

"Te debes a tu esposa y a tus hijos. ¿Te acuerdas?... .

"De haber venido yo a ser un hombre como todos, Nebai hubiera sido para mí la compañera

ideal. Yo mismo la acerqué a ti un día hace doce años, allá bajo un rosal blanco en un jardín de Antioquía... . ¡Y ahora la olvidas para enredarte en una lucha armada de la cual no saldrías con vida y sin conseguir prolongar mi vida!. ¿No ves que es una insensatez la tuya al obrar así?.

"¡Déjame entrar al Reino glorioso de mi Padre que me espera para coronarme!. ¡Hacerme claudicar de mi supremo deber Judá, no es ciertamente la prueba de amor que esperaba de ti!. Por unos años más de vida terrestre, por una gloria efímera y pasajera ¿quieres que cambie la gloria inmarcesible de Mensajero de Dios, de Hijo de Dios, de príncipe heredero en su Reino Inmortal?... .

Judá que aun permanecía con una rodilla en tierra, inclinó su frente vencida sobre la mano de Jhasua que recibió las últimas lágrimas del hijo de Ithamar.

-¡Te he comprendido por fin Jhasua, Hijo de Dios!... -dijo Judá levantándose-. ¡Que el Altísimo sea tu compensación y tu corona!.

"¡Adiós para siempre!...".

El Maestro le abrió los brazos.

-¡Adiós para siempre, *no!*, ¡*jamás, nunca!*, ¡porque el Hijo de Dios vivirá como ÉL, en el aire que respiras, en el agua que bebes, en el pan que te sustenta!.

"¡*Hasta luego* Judá amigo mío!... ¡hasta siempre!... ¡unidos en la vida, en la muerte y más allá de la muerte!.

"¡Que la paz sea contigo y con los tuyos!".

¡El Maestro se desprendió de aquellos brazos de hierro que le estrechaban, y el príncipe Judá salió como un fantasma que arrastrara el huracán!... .

-Se empeña en morir hoy, antes de la puesta del sol -le dijo a Pilatos cuando le vio de nuevo.

-Pues yo también soy duro de cerviz y no le condenaré -dijo- porque un ciudadano romano, no es un vulgar asesino que manda matar un hombre sin delito alguno.

-Que tus dioses te sean propicios dijo Judá-. Si me lo permites, me quedaré entre la guarnición, pero no como primer oficial de la Itálica sino como un simple soldado, pues que no estoy en servicio activo. Quiero ver de cerca cómo se desarrollan los acontecimientos.

-Bien; te haré dar un uniforme de Centurión y mandarás la centuria que viene ya de la Ciudadela hacia aquí. Estos ruines judíos nos darán guerra hasta el final.



AL PALACIO ASMONEO

Algunos curiosos del pueblo pacífico y devoto que no pensaba sino en la celebración de las fiestas religiosas, comenzó a alarmarse de la trifulca alrededor de la Torre Antonia y fueron acercándose cautelosamente hasta averiguar de qué se trataba.

¡Cuán lejos estaba el pueblo de figurarse que el reo cuya muerte pedían a gritos aquellos malhechores expresidarios, era el Profeta de Dios a quien entraron en triunfo cuatro días antes, a la ciudad de los reyes donde esperaban verle coronado como Rey de Israel y Mesías Libertador!.

Justamente en el aleccionamiento del astuto Hanán a los malhechores y esclavos comprados para este fin, entraba la consigna de ocultar cuanto pudieran la personalidad del ajusticiado, para evitar un tumulto popular que podía ser de fatales consecuencias.

Y a las curiosas preguntas de las gentes que se acercaban, daban esta contestación:

-Es un brujo impostor, aliado de satanás que pretende ser Rey de Israel y quiere destruir la ciudad y el Templo.

-¡No queremos otro rey que el que nos envía Jehová, anunciado por los Profetas! -decían los del pueblo fiel, creyendo que se trataba de un rival del Profeta Nazareno, que buscaba eclipsarlo y sustituirlo en el corazón del pueblo.

Habían ocurrido ya varios casos en los últimos cincuenta años de pretendidos o supuestos mesías, que buscaban el favor popular y cuya falsedad quedó al descubierto por sí misma.

Y caídos en este nuevo engaño, los más revoltosos de entre el pueblo, se fueron adhiriendo al populacho pagado para vociferar y maldecir de la manera más baja y soez.

Como ocurre siempre en los tumultos callejeros, la confusión acaba por dominar los ánimos, en forma que nadie se entiende y cada cual comprende y explica la situación como mejor le parece.

Mientras ocurre esto en la calle, los treinta miembros del Sanhedrín han cruzado la Galería de Herodes y han invadido el despacho del Procurador.

Van decididos a triunfar en la lucha poniendo en juego la vileza y la astucia de que están animados.

Ensayan primero con la lisonja y el halago, después presentando ante él el atractivo del oro al cual según ellos, ningún hombre resiste.

Pero Pilatos era algo supersticioso y tenía ante sus ojos el pergamino escrito por su mujer... .
"He visto en sueños tu desgracia y la mía, por causa de ese delito que los sacerdotes quieren cargar sobre ti".

Y se negó enérgicamente a consentir la muerte del Justo.

Entonces comenzaron las amenazas, veladas al principio y bien declaradas después.

-El Cesar te ha puesto como un vigía sobre Judea para mantener el orden y la tranquilidad en el pueblo.

-Y ese hombre que te empeñas en defender trae convulsionado al pueblo con sus pretendidos milagros, que no son más que malas artes del diablo, para sugestionar a los ignorantes y hacerse proclamar Rey de Israel.

-Ha sublevado a los esclavos, enseñándoles que son iguales a sus amos, y tendremos aquí otra revolución a lo Espartaco, que costará muchas vidas a nuestro país y a las Legiones del Cesar.

-Si no atiendes nuestras razones, hoy mismo nos pondremos en viaje para Antioquía, a presentarnos ante el Legado Imperial. Entre la muerte de un hombre que no es más que un audaz impostor, y una sublevación popular que costará muchas vidas a las Legiones romanas, el Legado Imperial se expedirá por la razón y la justicia.

Pilatos comenzaba a vacilar.

-El prisionero es Galileo -dijo de pronto- y por tanto no está bajo mi jurisdicción, sino bajo el mandato de Herodes rey de Galilea y Perea.

"En rigor, es él quien debe juzgarle.

-¡Mejor que mejor!... Herodes es nuestro amigo y casi nuestro correligionario, pues de vez en cuando acude al Templo a ofrecer sacrificios -contestó uno de los jueces.

-Le mandaré a Herodes, y lo que él decida se hará -dijo por fin Pilatos y levantándose dio por terminada la entrevista.

Los jueces se volvieron al Templo siempre por la Galería llamada de Herodes, para no ser vistos por el pueblo.

El Maestro fue colocado en una litera cubierta de las que en la Torre se usaban para el traslado de prisioneros que deseaban ocultar a las furias del populacho y con una escolta fue enviado a

Herodes. Judá, con uniforme de Centurión se ofreció a mandar la escolta.

Antes de emprender la marcha hacia el palacio de los Asmoneos, abrió la ventanilla trasera para mirar de nuevo al amado cautivo, que con sus ojos cerrados y su cabeza echada hacia atrás parecía una estatua de marfil cuya palidez asustaba.

-¡Jhasua! -dijo en voz baja, pues se ocultaba de los soldados de la escolta-. ¡Jhasua!... ¡por piedad!... ¡una palabra tuya y aún puedo salvarte de la ignominiosa muerte que esos bárbaros van a darte!... . ¡Una palabra Jhasua!... ¡una sola!... .

Pero Judá esperó en vano esa palabra que no salió de la boca del Maestro, herméticamente cerrada.

Ni siquiera demostró haberle oído. Ni sus ojos se abrieron, ni hizo ningún movimiento, y hasta parecía que la respiración se le hubiese paralizado. Su quietud era absoluta.

Con la muerte en el corazón, el príncipe Judá cerró la ventanilla, y litera y escolta emprendieron la marcha.

¡Qué serie de terribles tentaciones pasaron como siniestros relámpagos, por la mente febril de Quintus Arrius (hijo).

Podía dar la orden de que en vez de ir al palacio Asmoneo, marchasen hacia la puerta más próxima de la ciudad para salir hacia Betspagé donde estaban parte de las fuerzas del Scheiff Ilderín, o hacia los almacenes de Simónides que tenían salida subterránea al Valle del Hinón, de donde los lanceros tuareghs mandados por Faqui podían llevarle a su lejano país.

Mas... una sola fuerza contenía todos los ímpetus, apagaba todo el fuego de su coraje, todas sus ansias de aplastar a los malvados y de libertar al Justo: ¡la impasible firmeza del Mártir en asegurar que antes de la puesta del sol debía morir!.

El horrendo tormento de Judá en ese instante, difícilmente podremos apreciarlo y medirlo.

¡El grandioso santuario de su fe se conmovía hasta los cimientos!.

¿En qué podía creer, si veía caer por tierra la luminosa estela diseñada por las profecías en el cielo luminoso de Israel, pueblo escogido de Jehová?.

¿Para esto había sacado Moisés al pueblo judío de la esclavitud de Egipto?.

¿Para esto había enviado Jehová toda una constelación de Profetas a anunciar la llegada de su Verbo, de su Mesías Libertador?.

¿Para este desastroso fin había bajado el Espíritu-Luz de su séptimo cielo de dicha y amor, a

esta dolorosa prisión de la tierra que quedaba a su partida en igual angustia que la encontró?.

¡El infeliz Judá se volvía loco!... . ¡Parecíale que la tierra se estremecía y temblaba bajo los cascos de su caballo fogoso más que su amo!... . Parecíale que todo danzaba alrededor suyo, los palacios, las casas, los mercados y tiendas por donde iban pasando... . Parecíale que mil fantasmas de horribles rostros grotescos rondaban en torno suyo haciéndole muecas de burla por el tremendo fracaso de sus ideales... . ¡Una pesada atmósfera le asfixiaba!. Creyó que iba a caer del caballo y se apeó en mitad de la calle.

La escota se detuvo con gran asombro de los soldados, que ignorantes de la vinculación de su jefe con el prisionero, no pudieron interpretar en su realidad este incidente.

Judá sudoroso y pálido, descansó su fatigada cabeza sobre la montura y se tomó fuertemente del cabezal para no caer a tierra como un cuerpo inerte a quien abandona la vida.

De pronto sintió una poderosa reacción en todo su ser. Pensó en Jhasua Mártir, a quien quería acompañar hasta verle entrar en el Reino de su Padre. Pensó en Nebai que sin Jhasua y sin él quedaría doblemente huérfana y sola en el mundo. Pensó en sus dos hijitos que le llamarían en vano todos los días al despertarse en sus camitas de plumas y gasas... . ¡Una oleada de angustia le oprimió la garganta, y dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas que volvían a tomar el color de la vida!...

Montó nuevamente en su caballo árabe negro retinto, y dijo ya sereno:

-¡Vamos!... .

La escolta continuó la marcha y no tardó en estar ante la imponente mole de mármoles grises del palacio de Asmoneo.

A los soldados que guardaban la entrada, les dijo el príncipe Judá el encargo que traían del Gobernador.

Para Herodes era una doble satisfacción el envío que le hacía Pilatos, en el cual veía una prueba de que Roma reconocía su soberanía sobre Galilea y Perea, no obstante la decadencia de su reinado, y además satisfacía el deseo que le acicateaba, de ver alguna de las estupendas maravillas que se contaban del Profeta súbdito suyo y al cual no conocía.

Cuando tuvieron la orden de pasar, Judá iba hacia la litera con la llave en la mano para abrirla.

La puerta se abrió sola y Jhasua bajó sereno y firme, y comenzó a subir el graderío del suntuoso pórtico.

De un paso estuvo Judá a su lado. Iba a hablarle, pero el Maestro con la entereza de un rey que manda, se puso el índice sobre los labios indicándole *silencio*.

¡Judá quedó estupefacto!. Vio en Jhasua una majestad tal, una grandeza tan soberana, que un nuevo rayo de esperanza iluminó su espíritu tan abatido unos minutos antes.

¡Quién sabe qué maravilloso acontecimiento iba a presenciar en aquel momento, y en aquel sitio, donde cada bloque de piedra era un cofre de recuerdos, de glorias pretéritas y de heroicos martirios!.

Herodes Antipas, como un grueso fardo de carne amoratada por la continua embriaguez en que vivía, estaba perdido en su enorme sitial encortinado de púrpura y oro, y pavimentado con ricos tapices de Persia.

Una media docena de criados lujosamente vestidos le preparaban ante su vista, un sinnúmero de brebajes, jarabes, licores que no alcanzaban nunca a satisfacer su insaciable sed, como si un fuego interno le quemara las entrañas.

-¡Por fin te echo los ojos encima Profeta! -dijo el rey al Maestro cuando estuvo ante él.

Judá le alargó el rollo de pergamino que Pilatos le enviaba, en el cual dejaba constancia que no encontraba delito alguno en el prisionero, que el Sanhedrín judío se empeñaba en condenar a muerte, porque a su juicio, era un rebelde ante las leyes judaicas, y arrastraba al pueblo a la rebelión en contra de la autoridad religiosa que ellos investían... .

-¡Ah los Rabinos!... -gruñó Herodes- siempre celosos de su autoridad, no quieren que vuele una mosca sin su permiso.

"¡Vaya, vaya! hazme uno de tus grandes milagros Profeta, y tú y yo seremos buenos amigos. Tomaremos juntos una ánfora de vino de Chipre a la salud de los Rabinos del Templo.

"¡Y aún eres joven y hermoso!. Harías un lúcido papel como augur o Sátrapa en mi corte oriental. No me vendría mal para mis días de hastío, aún para curar al Cesar de sus lúgubres pensamientos.

"Con un mago como dicen que eres tú, todavía me siento con fuerzas para hacer una piltrafa del Rey Hareth, y conquistarme de nuevo el favor del Cesar.

A Judá le hervía la sangre en las venas oyendo este vocabulario, muy digno por cierto de aquel eterno borracho. La imponente majestad de Jhasua y sus ojos llenos de divina claridad, parecían ordenarle quietud y silencio.

-¡Pero el Gobernador me manda aquí un ente mudo, al cual no se le arranca ni una sola palabra!... -gruñó de nuevo el rey ya impaciente-.

"Y tú ¿quién eres? -preguntó a Judá.

-¡Ya lo ves, oh rey!... . Soy un Centurión Romano encargado de traer el prisionero.

-¡Vamos por última vez!... -gritó Herodes-. ¡Si me complaces haciéndome ver tu poder, ilustre mago galileo, te doy mi palabra de Rey de no permitir que los Rabinos judíos toquen ni un cabello de tu cabeza!.

La misma inmovilidad y silencio de estatua fue la respuesta que el prisionero dio al rey que lo interrogaba.

-¿Quién piensas que soy yo?... ¿no ves acaso que tengo en mis manos tu vida o tu muerte?.

"¿No sabes que soy el Rey Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, que donde daba un puntapié caían cincuenta cabezas como granadas maduras?.

"Y ¿eres tú el Gran Profeta que enloquece a las multitudes, que te aclaman como a futuro Rey de Israel?.

"¡Tú eres un loco de remate!... . Y no sé si esto es una burla del Gobernador que debo o no tener en cuenta.

Un jorobado abisinio que el rey tenía para divertirse dio un salto cómico desde la grada alta de sitial a donde estaba el Maestro, y Judá comprendió que aquel repugnante bufón intentaba saltar como un mono sobre el prisionero para divertir a su amo. Bien a tiempo lo tomó de ambos brazos y le dejó plantado sobre el piso.

-Ante un representante de Roma -dijo Judá con reconcentrada ira- nadie se burla de un prisionero traído aquí para un juicio.

-¡Hola!... ¿te enfadas Centurión? -dijo el Rey entre serio y burlón-. Llévale el preso al Gobernador, que yo no gasto tiempo en interrogar a un loco. ¡Otras cosas me interesan más!... -dijo mirando al cortinado del fondo del salón que se abría y daba paso a su hijastra Salomé con una corte de danzarinas y esclavas, con pebeteros ardientes en que se quemaban penetrantes perfumes, y con laúdes que exhalaban músicas más enervantes aún que los perfumes.

Salomé que creía sólo al Rey, se quedó un instante suspensa.

Los ojos llenos de luz del Profeta se clavaron en los de ella, que dio un grito agudo de espanto y retrocedió hasta la puerta.

-¡El Profeta del Jordán!... -dijo presa de terror-. ¡Son sus ojos!... ¡ha resucitado!... ¡Es él!... .

-¡No seas tontuela niña!... -gritó con voz mimosa el Rey-. Aquél fue degollado en Maqueronte, y éste es un infeliz loco que no hace daño ninguno... . ¡Ven acá mi ave del paraíso!... . ¡Ven acá!.

"Centurión, saca de mi presencia tu loco y di al Gobernador que no honra al Cesar, lo que hace su representante en Judea".

El príncipe Judá en un violento arranque llevó la mano al pomo de su espada y de buena gana hubiera dado un planazo en el grueso abdomen de aquella bestia coronada, pero una mirada del Maestro le obligó a bajar los ojos y dando media vuelta, le tomó de la diestra y salieron al pórtico donde esperaba la litera y la escolta.

-¡Jhasua!... -murmuró Judá en voz apenas perceptible-... . ¿A dónde vas por este camino?... . ¿A dónde vas?... .

El Maestro sin pronunciar una sola palabra miró con indecible amor al infinito espacio, dorado por el sol de medio día y señaló con su índice el cenit resplandeciente de luz.

-¡Siempre lo mismo!... -exclamó Judá viéndole entrar a la litera que se cerró detrás de él.

En este momento preciso y como por efecto de una súbita iluminación, se sintió transformado en su mundo interior. Una gran tranquilidad le invadía porque acababa de comprender el sentido de las palabras del Maestro. "*La muerte por un ideal de liberación humana, es la suprema consagración del Amor*". Y el príncipe Judá reflexionaba así:

"Era esa la entrada triunfal en el Reino de Dios, a que había aludido en los últimos tiempos. Era esa la gloriosa coronación que él esperaba mediante la cual, adquiría derechos del Padre, Conductor y Maestro sobre la humanidad de este planeta.

"La religión judía representada por su pontífice, príncipes y doctores, le condenaba por sus obras de amor heroico a sus semejantes y por su enseñanza condenatoria de la esclavitud, de la explotación del hombre por el hombre, del abuso del poder y de la fuerza contra el débil, y del infame comercio que se hacía con la Idea Divina, puesta al nivel de las figuras mitológicas del paganismo más burdo y grosero, que con ofrendas de carnes vivas y palpitantes, y oleadas de sangre caliente, aplacaban su cólera y sus furores.

"Jhasua de Nazareth, Profeta de Dios, había mantenido ardiente oposición durante toda su vida a tamaños desvaríos de mentes obscurecidas por la soberbia y la ambición. ¿Cómo pues podía claudicar en su edad viril, de lo que fue su luminoso programa de enseñanza y de vida, desde sus primeros pasos por los valles terrestres?".

De estos profundos pensamientos se despertó a la realidad el príncipe Judá, con los primeros grupos de amotinados que recorrían las calles vecinas al pretorio, pidiendo a gritos *la muerte del impostor, del seductor, del embaucador del pueblo, del brujo amigo de Satanás*.

-¡Jhasua acaba de hacer una de sus más grandes maravillas!... -pensaba Judá al convencerse del cambio que se había obrado en él mismo-. "Un hombre Ungido de Dios que ha venido a la tierra para enseñar a los hombres la Verdad, la Justicia y el Amor, no puede obrar de otra forma que como obra Jhasua. ¡Es el Cristo Hijo de Dios y los hombres no lo comprenden!".

Y el príncipe Judá transformado en otro hombre por la magia divina del amor del Cristo, cuando abrió la litera frente a la plaza de la Torre, dobló una rodilla en tierra y besando la diestra de Jhasua como se besa un objeto sagrado le dijo a media voz:

-¡Porque eres el Mesías anunciado por los Profetas, es que buscas Jhasua en la muerte, la suprema consagración del Amor!.

-Has subido a la cumbre conmigo -le dijo-. ¡Judá! ¡el Hijo de Dios te bendice!. -Fueron las últimas palabras que el Maestro dirigió al gran amigo, cuya comprensión de la suprema verdad, se despertaba cuando él iba a morir.

El Procurador Pilatos se desconcertó todo al ver que el prisionero le era devuelto. ¡Ni aún Herodes, criminal y asesino como su padre, se atrevía a condenar a un hombre inocente!.

¡Y ellos, los hombres del Templo que vivían pendientes de la palabra de Jehová, que no levantaban una paja del suelo ni dejaban condimentar alimentos al fuego en sus casas en día sábado, para no transgredir la ley del descanso, se empeñaban en matar a un hombre inocente sin parar atención, en que la Ley Divina decía: *¡No matarás!*.

¡Aberraciones humanas de todos los tiempos y de todas las religiones, cuando olvidando su misión puramente espiritual, se adueñan del poder y se postran ante el becerro de oro!.

¡Mientras no florezca en todas las almas la única religión emanada de los Diez Mandamientos de la Ley Divina, la religión del Bien, de la Verdad, de la Justicia y del Amor, habrá siempre justos condenados como criminales, y verdugos disfrazados de santos!... .

Los cuatro Doctores de la Ley amigos de Jhasua, José de Arimathea, Nicodemus, Gamaliel y Nicolás, miembros del Sanhedrín, tuvieron noticia extraoficial de lo que ocurría, y como cráter de un volcán estalló su indignación en el seno del Gran Consejo representante de la sabiduría y virtudes gloriosas de Moisés, y convertido entonces en una horda de vulgares asesinos ensañados como fieras en un Profeta de Dios, cuya vida era un salmo divino de amor a sus semejantes.

¡La discusión ardía como una llama!... pero eran sólo cuatro contra treinta y dos.

Las minorías selectas y escogidas son siempre las que pierden en esta clase de lucha: y los cuatro amigos del Mártir fueron excomulgados, malditos y expulsados del Sanhedrín, por desacato a la suprema autoridad pontifical. ¡Nunca más podrían tener entrada en el Consejo de los santos de Israel, ni aún a los pórticos del Templo! de cuyo sagrado recinto les había arrojado a empujones el comisario y sus guardias.

Los cuatro se presentaron a pedir audiencia a Pilatos, justamente en el momento en que el príncipe Judá entraba de vuelta con el prisionero.

La escena que allí tuvo lugar entre José de Arimathea y Nicodemus, que habían tenido en

brazos a Jhasua niño de cuarenta días, cuando le vieron pálido y demacrado de pie ante Pilatos, no es para describirla con palabras, que nunca pueden tener la intensa vibración de la realidad en aquel momento.

Se extrañaron grandemente de ver a Judá desempeñando el triste papel de guardián del augusto prisionero.

El príncipe Judá que parecía haber vivido diez años de dolor en una hora sola, les contestó con una serenidad que les espantaba:

-Viendo que Jhasua se empeñaba en morir antes de la puesta del sol, he pedido al Dios de nuestros padres, la fuerza necesaria para acompañarle hasta el último momento.

José de Arimathea anciano ya, se abrazó del Mártir silencioso para decirle entre sollozos:

-¡Tú que eres la Luz, sabes lo que haces!. ¡También yo quiero acompañarte hasta verte entrar en el Reino de Dios!.

En el abrazo supremo a los cuatro amigos, les repitió el Maestro la misma palabra divina que había dicho a Judá: *"El hijo de Dios te bendice"*.

La negra masa del populacho enfurecido se iba aumentando rápidamente, con los revoltosos desocupados que abundan en todas partes y que ignorantes de los móviles verdaderos de aquel tumulto, se dejaron arrastrar a él por los malhechores comprados con el oro sacerdotal.

Pilatos enloquecido, no sabía lo que había de hacer que le acarrease menores males.

El Sanhedrín había despachado mensajeros urgentes hacia Antioquía con graves acusaciones al Delegado Imperial.

Tuvo Pilatos una idea final.

Tenía en los calabozos de la Torre Antonia, un asaltante feroz de los caminos recorridos por las caravanas, autor de incontables asesinatos y robos hasta en el Templo mismo. Su nombre era sinónimo de *demonio*, y las madres y abuelas le usaban como arma para contener a los chicuelos rebeldes y malos, que eran la pesadilla del hogar: *Barr-Abbás*.

Pilatos le mandó traer de su profundo calabozo perpetuo, y su sola figura causaba espanto, pues más parecía un oso negro que un hombre.

Salió al pretorio con él y con Jhasua de Nazareth.

-Aquí tenéis estos dos hombres -dijo a la turba feroz que gritaba y maldecía-.

"Éste tiene más asesinatos y crímenes que pelos en su cabeza. Y este otro no ha hecho daño a nadie, ni siquiera a las moscas. ¡Y vosotros pedís su muerte!. ¿A cuál de ellos queréis que deje libre, a Jhasua o a Barr-Abbás?.

-¡Suéltanos a Barr-Abbás y condena a muerte al impostor, al brujo, al que se ha llamado *Mesías de Israel!*.

-¡Crucifícale!. ¡Le queremos ver colgado de un madero en cruz como a los esclavos rebeldes!.

-¡Es un esclavo infame y se apellida Mesías Rey!... .

-¡Es un blasfemo y merece la muerte!.

Y los gritos subían de tono como ruido sordo de una tempestad.

Los viejos del Sanhedrín estaban allí a la vista de la masa de malhechores enfurecidos, animándoles con sus ojos de fieras rabiosas, que tenían la presa al alcance de sus garras y de sus dientes.

Pilatos quedó vencido.

Mandó traer un lebrillo con agua, y siguiendo la costumbre en tales casos, se lavó las manos en presencia de todos diciendo:

-¡Que la sangre de este justo que os empeñáis en matar, no caiga sobre mi cabeza; allá vosotros con este crimen!.

Un grito feroz resonó unánime:

-¡Que caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!.

-¡Sea como lo queréis malditos judíos! -gritó Pilatos al mismo tiempo que de un empujón terrible, les soltó encima al asesino Barr-Abbás diciéndole:

-¡Anda lobo, entre ellos, y devóralos a todos juntos!.

Cuando Pilatos entraba a su despacho, se encontró frente a frente de Claudia, su mujer toda cubierta de un manto violeta.

-¡Cobarde! -le gritó enfurecida aplicándole un feroz bofetón, al mismo tiempo que le arrojaba a la cara la cédula matrimonial y las joyas que él le había regalado el día de su boda.

Y sin dar tiempo a que él se repusiera de la impresión, se hundió por la rampa secreta que se abría en la muralla y desapareció.

Sus dos esclavas galas con sus novios ya libertos, la esperaban con caballos en la puerta trasera de la Torre llamada de los *ajusticiados*.

Por ella habían sido libertadas del calabozo años atrás por la influencia del Maestro, Noemí y Thirza madre y hermana del príncipe Judá. Por esa misma puerta escapaba Claudia de la infamia en que acababa de hundirse su marido, condenando a muerte al hombre más puro y más bueno que había pisado la tierra.

Dos prisioneros de la Torre Antonia estaban condenados a muerte desde el día anterior. El uno era un bandido samaritano de nombre Gestas, que acababa de coronar su carrera de robos y asesinatos, con la muerte de un soldado romano que descubrió su madriguera y quiso apresarle. Había sido prendido en momentos que arrastraba el cadáver hacia el hueco de una roca con el fin de encubrir su crimen.

El otro era un hombre de edad madura cuya juventud fue muy borrascosa, porque acontecimientos no buscados por él lo habían llevado a una vida al margen de la ley. En defensa propia y junto con aldeanos de su pueblo, habían herido malamente a dos correos del Procurador Valerio Graco, que al entrar a la casa de postas para cambiar las cabalgaduras atropellaron a indefensas muchachitas que llevaban sus cántaros a la fuente.

Éste se llamaba Dimas. Y aunque su vida delictuosa de la juventud estaba casi olvidada, un último incidente lo puso de nuevo frente a la justicia humana.

Retirado en las afueras de Beerseba, en la región montañosa de Judea vivía de un pequeño rebaño de cabras y de un huerto que cultivaba él mismo.

El patrón de una de las caravanas que hacían el viaje desde el Mar Rojo a Jerusalén, perdió algunos asnos que se despeñaron en un precipicio. Y viendo que pastaban sueltos los asnos de la cabaña de Dimas, los tomó tranquilamente y siguió viaje sin decir a su dueño ni una palabra. Cuando éste se enteró, corrió tras de la caravana para recobrar sus jumentos.

En la recia contienda que se armó por este motivo, el caravanero fue herido por Dimas, y murió antes de llegar a Jerusalén.

Dimas fue capturado y condenado a muerte, pues se removió su borrascoso pasado y la ley tenía varias cuentas a cobrarse.

Pilatos dio orden de que los dos fueran ajusticiados juntamente con el Profeta Nazareno.

-¡Quise salvarte -le dijo Pilatos, cuando vio al Maestro por última vez- y tú no lo quisiste.

"¡Negra desventura ha caído sobre mí por tu causa, Rey de los judíos!. -El Maestro no le contestó.

Al oír esta palabra uno de los ejecutores de la sentencia creyó que sería de gran efecto en la horrorosa tragedia, el poner sobre la persona del llamado *Rey de los judíos*, un desteñado manto rojo de los usados por los verdugos para cubrir sus ropas cuando azotaban o torturaban algún reo, lo cual les resguardaba de las salpicaduras de sangre. Y con un haz de varillas de fresno, hizo un simulacro de corona, que entre burlonas carcajadas la colocó sobre la hermosa cabeza de Jhasua.

El príncipe Judá, que con su corazón destrozado quería a toda costa mandar las fuerzas militares que guardarían el orden, se presentó en la prisión en ese momento.

De un tremendo puñetazo tiró a tierra al infame sayón que ni aún ante el dolor y la muerte, tenía un sentimiento de nobleza para su víctima. Le agarró del cinturón de suela que le ajustaba la túnica y de un solo empuje le arrojó fuera de la estancia.

Sobre el infeliz magullado, fue a caer manto y corona con una rapidez de relámpago.

Otros verdugos entraron llevando los otros dos condenados y los maderos en cruz sobre los cuales debían morir.

Un temblor convulsivo agitaba los labios de Judá como ocurre a los niños cuando les ahoga el llanto. Una mirada de los ojos divinos del Mártir, en los cuales parecía resplandecer ya toda la luz de los cielos, le devolvió de nuevo la calma.

Los cuatro doctores amigos de Jhasua habían dado aviso de lo ocurrido al palacio de Ithamar a la austera casona de Henadad, hospedaje de todos los discípulos galileos, a la casa de Lía donde se hospedaban los amigos de Betlehem, al local de la Santa Alianza, a la granja de Bethania, a los príncipes Jesuá y Sallum de Lohes, que con Judá y Simónides habían trabajado tanto por la gloria de Israel con un Rey de la raza de David.

Faqui entró como un huracán en busca de Judá.

-¿Pero tú has permitido esto? -le dijo sacudiéndole fuertemente de los brazos.

Judá pálido pero sereno, le señaló al Maestro sentado sobre el estrado que le había servido de lecho.

Faqui se precipitó hacia él y cayó de rodillas a sus pies llorando como un niño.

-¡Jhasua!... . ¡Tú eres el Hijo de Dios y has consentido esto!... . ¡Cielos!... ¿no ves que la tierra va a hundirse con este espantoso crimen?. Tú que has salvado a tantos de la muerte ¿no quieres salvarte a ti mismo?.

El Maestro le puso una mano sobre la cabeza que se agitaba en su regazo como un pájaro herido, mientras le decía:

-¡Faqui!... porque me has amado mucho, mi Padre te deja compartir conmigo la inmensa dicha de mi entrada en su Reino.

"Morir para conquistar por siempre la corona de Hijo de Dios, no es morir amigo mío, sino empezar a vivir la gloriosa vida del vencedor después de la victoria!.

Faqui levantó su cabeza para mirar a Jhasua, cuya forma de expresión le resonaba de un modo extraño. Debido a su facultad clarividente, le vio entre un dorado resplandor donde se agitaban cien manos con palmas, coronas y laúdes, de los cuales parecía salir como el eco de una canción lejana, estas sublimes palabras:

"*¡Morir por un ideal de liberación humana es la suprema consagración del amor!*".

Todo esto pasó en un instante, como el fugaz resplandor de un relámpago.

-¡La grandeza de Amanai está contigo!. ¡Sea como tú lo quieras Hijo del Altísimo!..." -murmuró levantándose con la misma serena calma que hemos visto a Judá.

Cuando Faqui se inclinó, para besar por última vez aquella blanca frente que él comparaba con el lirio del valle, oyó que Jhasua le decía:

-Ahora acabas de penetrar en el arcano de mi Padre. ¡El hijo de Dios te bendice!.

Judá se le acercó para decirle:

-Como yo soy un Centurión romano, tú dejas de ser un príncipe tuareghs. Corre y vístete como labriego o leñador, y espera en la fuente de la calle de Joppe, que por allí pasaremos.

-¿Qué piensas hacer? -preguntó Faqui.

-Yo, nada, pero debemos estar alerta hasta el último momento. ¡Mi esperanza vive, Faqui, y siento que es inmortal como Dios!.

Faqui salió como una exhalación. Se había consolado sobre el corazón de Jhasua, y al igual que su amigo, *esperaba indefinidamente*. ¿Qué esperaban?. Ellos mismos no sabían precisarlo.

Convencidos de que el Mártir era el Cristo, Hijo de Dios Vivo, no podían asociar tal idea con la muerte, y estaban seguros de que Jhasua terminaría su vida terrestre con igual majestad que el sol del ocaso, que desaparece de nuestra vista, para aparecer igualmente luminoso entre los resplandores de la aurora en otro hemisferio, acaso en otro mundo más digno que la tierra para recibir a un hombre que era Dios.

Los tres patíbulos no eran iguales. Dos de ellos eran de madera verde recientemente cortada, y el otro de madera seca que acaso desde tiempo atrás esperaba el reo que había de morir en él.

No sé si por una piedad pobre y tardía, pero sobre éste aparecía una pequeña tabla con esta inscripción:

Rey de los judíos, lo que indicaba estar destinado al Profeta.

Era el menos pesado de los tres, pero así y todo, Judá no le dejó poner sobre los hombros de Jhasua, hasta que hubieron bajado el graderío del pretorio y estuvieron en la calle. Hubiera mandado llevarlo por los sayones, pero el Maestro adivinó su pensamiento y levantó sus brazos para colocarla él mismo sobre su espalda.

La cruz de la humanidad delincuente caía por fin sobre los hombros de su Salvador.

La humanidad podía decir con el Profeta en ese solemne momento:

"Sin abrir su boca, cargó sobre sí, con todas mis iniquidades".

Apenas habían andado unos doscientos pasos, cuando comenzó de verdad para el augusto Mártir *la calle de la amargura*.

Fue Verónica, esposa de Rubén de Engedí la primera en llegar, seguida de sus hijos e hijas que trataban en vano de contenerla. Aquella mujer exhalando al viento su llorar que rompía el alma, se abrió paso entre la turba maldiciente que rodeaba al Justo como una manada de lobos.

Judá, desde lo alto de su caballo la vio y dio orden de abrirle paso.

Se llegó hasta el Mártir que comenzaba a doblarse bajo el peso del madero, y arrancándose el blanco velo de lino que cubría su cabeza, secó el abundante sudor que el calor del sol y la fatiga hacía brotar en aquella pálida faz, donde brillaban con extraño fulgor los ojos divinos del Cristo como estrellas lejanas al anochecer.

¡Aquella faz de nácar quedó grabada en el velo!... Judá lo vio y su corazón se estremeció de fervoroso entusiasmo, pues pensó para sí mismo:

"Ahora comienzan las maravillas de la hora final".

En ese preciso momento llegaban también Susana y Ana, esposas de José de Arimathea y Nicodemus, Noemí, Thirza, Nebai, Helena de Adiabenes, la anciana Lía, llevada en silla de manos por los amigos de Betlehem al igual que Bethasabé conducida por sus hijos Jacobo y Bartolomé, que creían estar viviendo una horrible pesadilla.

Como la turba tratase de estorbarlas de acercarse al Maestro, Judá encolerizado ante tan inaudita maldad, ordenó a los guardias montados una fuerte carga, que hizo retroceder un tanto a toda aquella masa de malhechores, que esperaban ansiosamente ver consumada la muerte, para recibir el oro y la libertad prometida.

El Mártir se estremeció vivamente al ver el doliente grupo de mujeres que le habían conocido niño y que le habían seguido con su fe y con su amor durante toda su vida.

-¿Por qué habéis venido, para agotar mis fuerzas antes de la hora? -les dijo con su voz más tierna-. No lloréis por mí -añadió- sino por vosotras, por vuestros hijos y por el pueblo fiel que recibió la palabra divina, y que sufriréis los horrores que vendrán por causa de este día.

"¡No lloréis!... que antes de que el Sol traspase las colinas, yo estaré en mi Reino, para repetiros una y mil veces: *El Hijo de Dios os bendice*".

Formándole un muro alrededor, aquellas mujeres llorando desconsoladamente, no dejaban que el Mártir continuara su camino.

Diez jueces del Sanhedrín, con Caifás a la cabeza, se presentaron de pronto conducidos en literas abiertas para amedrentar al pueblo con las insignias de la suprema autoridad religiosa que investían.

Habiendo tenido noticia de que mandaba la guardia montada Quintus Arrius, el amigo del ajusticiado, temieron que en las afueras de la ciudad tratase de liberarlo. Al ver la escena dolorosa de las mujeres, los jueces comenzaron a gritar:

-¡Las mujeres a su casa!... ¡apártenlas a latigazos!... . ¡Plañideras pagadas para chillar!... .
¡Rameras de los caminos!.

El príncipe Judá ciego de indignación, arremetió con su caballo el cortejo de literas brillantes de oro y púrpura. Algunos esclavos conductores perdieron el equilibrio y cayeron, causando por consiguiente la caída de algunos de aquellos malvados viejos, que con sus gritos insultantes querían dar a entender la baja estofa a que pertenecía el ajusticiado y sus amigos.

-¡Quien manda aquí soy yo, en nombre del Gobernador! -había gritado Judá con voz de trueno-.

"¡A callar como muertos toda esa canalla, sino, aquí mismo os dejo la guardia con las entrañas al viento!... .

Helena de Adiabenes y Noemí, cuya fe religiosa las hacía ver grandeza y santidad en los altos dignatarios del Templo, se quedaron estupefactas, al oírse llamar por ellos "*plañideras pagadas para chillar, rameras de los caminos*".

Y apretándose más cerca al Ungido de Dios que caminaba a la muerte le decían entre gemidos:

-¡Señor!... te vas de este mundo llevándote el amor, la piedad y la justicia... y nos dejas bajo el látigo de los verdugos de Israel!.

Los ojos de lince de Hanán, habían reconocido a Helena, cuya arca estaba siempre abierta para los valiosos donativos que le fueron solicitados, y pasando aviso a Caifás y demás jueces, guardaron silencio por doble conveniencia; Quintus Arrius no gastaba bromas, y la viuda de Adiabenes los miraba escandalizada. El príncipe Judá habló en voz baja a su madre, y todo el grupo femenino siguió detrás del Mártir en profundo silencio.

Un observador hubiera notado que las palabras del príncipe Judá habían hecho nacer una esperanza en el doliente grupo de las mujeres judías.

Nebai se perdía en suposiciones y conjeturas. ¿Cómo y por qué mandaba Judá la guardia ese día?. ¿Sería para salvar a Jhasua a última hora?... . ¡Oh sí!, ¡no había duda!... ¡Judá no le dejaría morir!. ¡Y con la más viva ansiedad pintada en el rostro, continuaba andando!... .

A la vuelta de un recodo de la calle y cuando ya estaban cerca de la puerta de Joppe, apareció frente a la comitiva, un fornido labriego, alto, esbelto, casi como un gigante. Traía el azadón al hombro y se apoyaba en un bastón de encina.

Era Faqui, disfrazado, tal como indicara Judá.

Thirza que le vio, iba a llamarlo por su nombre para cerciorarse de que era él, pues su extraña indumentaria hacía dudar a cualquiera.

Judá se apresuró a decirle:

-Buen hombre, si quieres ganarte unos sextercios, deja el azadón y ven a cargar el madero de este penado, que no puede andar con su peso.

-Simón de Cirene para servirte Centurión -le contestó el labriego.

Algunos de los jueces levantaron su voz de protesta.

-¡He dicho que aquí mando yo! -volvió a gritar con voz de trueno el hijo de Quintus Arrius, que parecía sentirse señor del mundo para proteger al Cristo Mártir hasta el último momento de su vida.

¿Qué pasaría por el alma nobilísima y tierna del Ungido cuando el Hach ben Faqui, su amigo, le tomó la cruz y la cargó sobre su espalda?.

Los ojos del Mártir se llenaron de lágrimas y de su corazón de Hijo de Dios, subió a los cielos este divino pensamiento:

"Te adoro y te bendigo Padre mío, porque han florecido mis rosas de amor sembradas en la tierra".

Libre ya el Maestro de aquel peso excesivo para su endeble y delicada naturaleza, su cuerpo se irguió de nuevo y continuó caminando al lado de Faqui.



EL GÓLGOTA

Los últimos en conocer la triste noticia fueron los discípulos venidos de la lejana Galilea.

La promesa de Jhasua hecha esa misma noche a María de Mágdalo, de que antes de ponerse el sol *él sería libre*, les mantuvo arrullados por la esperanza, hasta que llegó Nicodemus desolado, pálido como un muerto a llevarles la dolorosa verdad.

La dolorida madre del Mártir como la estatua viva de la angustia, no se movió ni para exhalar un grito en aquel terrible momento. El supremo dolor de su alma parecía paralizar todos sus movimientos. Se sentía morir junto con él, y esperaba a la muerte en una quietud que espantaba.

Los discípulos se volvieron contra la castellana de Mágdalo, para increparla duramente por el engaño que les había hecho.

-¡Tú siempre viendo visiones! -le decía Juan con su voz entrecortada por los sollozos.

-Algún mal genio se te presentó, mujer, para engañarte, y lo tomaste por el Maestro -decíale Tomás ásperamente. Una tempestad de censuras se levantó contra ella, que anonadada y sin comprender lo sucedido, se apoyó contra el marco de la puerta para no caer. Sentía que todo daba vueltas alrededor suyo y un temblor convulsivo estremecía su cuerpo.

La dulzura de Pedro volvió en su ayuda.

-No habléis así sin saber lo que decís. No es justo perder del todo la esperanza. Si como dice Nicodemus, el príncipe Judá manda la guardia, me parece que no será para llevar al Maestro a la muerte.

"¿Qué sabemos nosotros de la forma en que él subirá a su Reino?".

Estas palabras de Pedro, calmaron aunque levemente la agitación de todos aquellos amigos del Maestro, que en número mayor de un centenar se hallaban en aquel recinto.

Allí estaba *Felipe el griego* como le llamaban, y debido a su temperamento vivo y ardiente, fue uno de los primeros en reaccionar y dijo resueltamente:

-En vez de estar aquí discutiendo lo que será o no será, corramos todos al pretorio de la Torre y veremos por nuestros ojos lo que ocurre.

Más tardaron en oír estas palabras que en salir corriendo en revuelto montón, hombres, mujeres y niños... .

A los pocos pasos andados en la calle, se encontraron con Boanerges que venía sin aliento corriendo a todo lo que daban sus pies:

-¡Le llevan ya por la calle de Joppe al Monte de las Calaveras!... .

-¡Dios bendito!... . ¡Allí mueren los criminales ajusticiados!... -gritó la anciana Salomé, que apoyada en su marido andaba lentamente.

A Myriam que se empeñó en acudir cerca de su hijo aunque fuera para verlo morir, la conducían el tío Jaime y Pedro que iban detrás de todos.

Juan, Boanerges, María de Mágdalo y sus compañeras, Felipe con el huérfano Policarpo, los hijos de Ana y Gabes, Marcos y Ana de Nazareth, todos jóvenes, tomaron la delantera y corrían agrupados como bandadas de pájaros asustados por la proximidad de la tormenta.

Los más ancianos, atrás, esquivando los tropiezos para no caer... lamentando sin duda la pesadez de sus miembros que les impedía la carrera, seguían a los otros con la agitación y la ansiedad pintada en el rostro.

Viendo estos cuadros vivos, el Divino Maestro hubiera repetido su genial pensamiento: "¡Padre mío!... te adoro y te bendigo porque han florecido mis rosas de amor sembradas en la tierra".

Juan, María y Boanerges adelantaron por fin al grupo, y pasaron como una exhalación por la puerta de Joppe entre una nube de polvo que levantaban sus pies.

Una atmósfera asfixiante y pesada caía como plomo sobre su fatiga, y densos nubarrones negros iban cubriendo la opalina claridad de los cielos. Multitudes de gentes, a las que llegaba tardía la noticia de *quién era* uno de los ajusticiados aquella tarde, asomaba de todas las encrucijadas de las calles y llegaba por todos los caminos.

"¡Si él ha devuelto la vida a los muertos y curado leprosos y ciegos de nacimiento... es el Mesías anunciado por los Profetas!... . ¡Él no puede morir!, no morirá jamás, porque Jehová mandará sus ángeles que le arranquen de sus verdugos". Todos estos comentarios hacía a gritos la multitud, corriendo hacia el Monte de las Calaveras, donde esperaban presenciar el más estupendo de los prodigios del Cristo.

Cuando el primer grupo de nuestros amigos galileos dio vuelta al recodo de un árido barracón cubierto de ramas secas, se les presentó como pintado sobre la negrura del cielo tormentoso, el

más terrible cuadro que pudieran presenciar sus ojos: Jhasua, el dulce Maestro a quien venían buscando, suspendido de un madero en cruz en la cúspide del monte, entre dos ajusticiados que debían morir con Él.

Juan y Boanerges se apoyaron uno en otro para no caer de bruces sobre el polvoriento camino.

María de Mágdalo se estremeció toda, en una violenta sacudida que casi la tiró a tierra.

-¡Señor!... -gritó con suprema desesperación y echó a correr nuevamente como si un vértigo de locura se hubiera apoderado de ella.

Subió Jadeante la montaña de la tragedia, y fue a caer como un harapo al pie del madero donde iban cayendo lentamente hilos de sangre de los pies y manos del Mártir.

Judá y Longhinos como dos estatuas ecuestres, con la faz contraída por el dolor presenciaban aquel cuadro imposible de describir.

Las mujeres lloraban y rezaban.

El pueblo se amontonaba al pie del monte como una marea humana, que tenía rumores de olas embravecidas.

Como trazos formidables de luz, los relámpagos iluminaban a intervalos la negrura de la tormenta que tronaba con loca furia, encima de millares de cabezas humanas atormentadas por mil diversos pensamientos.

De pronto vieron con espanto que las colinas adyacentes ardían en rojas llamaradas. Cada cúspide parecía el cráter de un volcán. Y una especie de fantasma vestido de flotantes velos rojos, corría de un fuego a otro arrojando combustibles, más y más en las hogueras ardientes.

Era Vercia, la Druidesa gala, que acompañaba la entrada a su Reino del Hombre-Dios, con el resplandor de cien fuegos sagrados con que evocaba al *Gran Hesus* para recibir a su Hijo.

La tierra temblaba estremecida en violentas sacudidas, y las montañas ardientes, se abrían en tremendos terremotos, expulsando con furia de las antiguas grutas sepulcrales allí existentes, los blancos esqueletos humanos que pasaron allí largos años de quietud, y que un extraordinario cataclismo arrojaba ante los ojos de aquellas multitudes sobrecogidas de terror y de espanto.

Los jueces del Sanhedrín cuya conciencia les gritaba *¡asesinos!*, quisieron huir temiendo más que nada el furor de los elementos, pero el príncipe Judá como un arcángel de la Divina Justicia, mandó a sus guardias que les sujetaran sin permitirles moverse de aquel sitio.

-¡Cobardes asesinos! -les gritó con fuerza a fin de hacerse oír entre el fragor de la tormenta y el chocar de las rocas que se desmoronaban por los flancos de las montañas-. ¡Cobardes

asesinos!... ¡quietos ahí! ¡para que caiga como una eterna maldición sobre vosotros el último aliento del Hijo de Dios que habéis asesinado!.

¡Un pavoroso silencio se fue haciendo poco a poco, sólo interrumpido por los sollozos de las mujeres y las plegarias de la muchedumbre que al pie del trágico monte veía sin poder creerlo, como una escultura de marfil, suspendida entre el cielo y la tierra, al Profeta de Dios que unos días antes había entrado a Jerusalén entre hosannas de gloria y aclamaciones de triunfo y de amor!.

En la agitación y suprema ansiedad en que todos estaban sumergidos como infelices náufragos en un mar tempestuoso, habían olvidado por completo a los fieles ancianos que acompañaron al Verbo de Dios desde la cuna.

Efraín y Shipro pensaron en ellos, y en modestas literas cubiertas llevadas por una veintena de criados les condujeron al monte del sacrificio, donde el Hijo de Dios... el dulce Jhasua que tuvieron de niño en sus brazos, entregaba su vida en el altar santo del amor fraterno, cimiento y coronación de su obra grandiosa de liberación humana.

Allí iban a verle morir, Melchor de Horeb, Simónides, Gaspar el hindú, Filón de Alejandría, Elcana y Sarah, Josías, Eleazar y Alfeo, cuya ancianidad avanzada les imposibilitaba hacer a pie el penoso camino de barrancos y matorrales que conducía al Monte de las Calaveras.

Los cuatro amigos doctores habían corrido como enloquecidos, buscando a los miembros del Sanhedrín que quedaron sin aviso del juicio que se realizaba, con la esperanza de formar mayoría y anular la sentencia de muerte dada contra el Justo, aunque esto fuera a última hora.

Pero sufrieron la decepción de la cobardía en casi todos ellos, que mirando más la propia conveniencia que la vida del prójimo, no tuvieron el valor de ponerse frente al pontífice Caifás ni a los jueces, doctores y sacerdotes, que habían condenado al Profeta de Dios.

-Nosotros no le hemos condenado -contestaban cobardemente-. ¡Allá ellos con esa muerte!.

-Pero vuestra cobardía os hace cómplices del delito -les dijo José de Arimathea.

-Al negaros a intervenir -añadió Nicodemus- dejáis el campo libre para que el crimen sea consumado.

-Levantaré contra vosotros -gritó fuera de sí Gamaliel- a toda la juventud del Gran Colegio, que os arrojarán en las aulas las tablillas a la cabeza y os gritarán: *¡No queremos verdugos ni asesinos para maestros!... .*

Estos cuatro llegaron a la montaña de la tragedia, cuando el Mártir llevaba ya una hora suspendido en la cruz.

Tanto ellos, como la triste procesión de los ancianos, se vieron en grandes dificultades para

llegar al pie de la montaña, debido a los enormes trozos de rocas y de tierra que el terremoto había arrojado sobre todos los senderos que conducían a ella.

Era la madre del Mártir, el imán que atraía a todos sus amigos y discípulos. Y la dulce mujer sentada sobre una roca, con la mirada fija en su hijo, parecía no darse cuenta de que era el centro de toda la piedad y de todo el amor, de los que amaron al Cristo por encima de todas las cosas.

La humana personalidad del Mártir se agotaba visiblemente con la pérdida de sangre y la pesadez de la atmósfera, ardiente como una llama.

Los ojos de sus discípulos amigos y familiares lo abrazaban con sus miradas llenas de ansiedad y desesperación, esperando en vano que a una palabra suya se abrieran los cielos, y legiones de arcángeles justicieros bajaran como enjambre de pájaros luminosos para arrancar al Ungido de su patíbulo infame.

Pero el alma del Cristo flotaba sin duda por horizontes lejanos, o su clarividencia le presentó con vivos colores las consecuencias del crimen que los dirigentes de Israel cometían, porque su voz doliente exhaló un gemido como un sollozo para decir:

"¡Perdónalos Padre, porque no soben lo que hacen!".

Algunas voces amigas clamaban entre sollozos:

-¡Hijo de Dios!... ¡Mesías de Israel!... ¡Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino!... .

-¡Llévanos Señor contigo!... . ¡No queremos la vida sin ti!... .

¡Hasta los elementos estallan de furor contra los verdugos del Hijo de Dios!... .

Pero estas y otras frases, al igual que las plegarias y los llantos se perdían entre el estampido de los truenos, el chocar de las piedras que saltaban a gran distancia, y el crepitar de las ramas que los *fuegos sagrados* de Vercia, iban reduciendo a cenizas... .

Un jinete de turbante y manto blanco que el viento agitaba como alas que volasen desesperadamente, se apeó al pie de la montaña y fue a caer de rodillas en lo alto de la explanada donde habían levantado los cadalsos.

Levantó su mirada a los cielos y luego sus ojos negros y profundos se posaron con infinita angustia en aquel rostro amado, en el cual ya aparecían las huellas de la muerte.

Era el Scheiff Ilderín que acababa de llegar de Jericó, adonde le llevaron la terrible noticia, cuando se disponía a entrar con sus valientes jinetes árabes para proclamar al Ungido del Señor como Rey de Israel.

El terror se apoderó de toda aquella enorme multitud, cuando un espantoso trueno hizo estremecer la montaña, y en la negrura de los cielos, el siniestro resplandor del rayo apareció como una serpiente de fuego que se rompía en la inmensidad.

Los que estaban más próximos al divino Mártir le oyeron decir:

-¡Padre mío!... . ¡Recibe mi espíritu!. Todo fue consumado.

La hermosa cabeza sin vida se inclinó como un lirio tronchado por el vendaval.

Recién entonces, Judá, Faqui, Ilderín, Simónides, sus discípulos, amigos y pueblo, comprendieron que ya no tenían nada que esperar.

Entonces se desató como un huracán el furor de Judá, de Faqui, de Ilderín, de Vercia, que había subido con los suyos con hachones ardientes para iluminar las tinieblas.

Con los pilus o lanzas, con jabalinas, con látigos, hicieron rodar montaña abajo las literas de púrpura y oro de los magnates del Templo.

-¡Fuera de aquí, lobos hambrientos!... . ¡Atrás vampiros, mercaderes del Templo, antes que haga aquí una carnicería con todos vosotros! -gritaba enfurecido Judá.

Las mitras, las tiaras, los tricornios brillantes de pedrería salían volando, mientras sus dueños a saltos bajaban la montaña como lebreles, acobardados a la vista de los leopardos. Sus esclavos huían despavoridos ante el jinete del turbante blanco y el Centurión del caballo retinto que no daban tregua a los que poco antes vociferaban con burlas soeces y salvajes gritos.

-¡Ya no está Él para verme!... -gritaba como enloquecido Judá-. ¡Sus ojos están cerrados y no me imponen silencio!... . ¡Fuera de aquí malvados!... . ¡Ahora soy yo la justicia de Dios para acabar con todos vosotros!... .

Vercia la Druidesa gala, había hecho un imponente *fuego sagrado* al pie de la montaña trágica, con las literas y púrpuras sacerdotales y las zarzas secas de los barrancos. ¿No era aquel árido peñasco, un altar en que había sido inmolado el Hombre-Luz, el Hijo del Gran Hesus?.

El pueblo se desbandaba a todo correr, presa de horrible pánico y la policía montada iba a retirarse también.

Cuando solo quedaban en el recinto de la tragedia los familiares, discípulos y amigos, Judá se quitó el casco, coraza y cota de mallas y lo entregó a Longhinos diciéndole: "Dirás al Gobernador que he terminado mi papel de militar". Longhinos le saludó militarmente y al frente de las fuerzas, bajó la colina ennegrecida de sombras pensando: "El Gobernador romano y el Sanhedrín judío, se hundirán en igual abismo, porque unidos ajusticiaron a un Dios encarnado, superior a los dioses del Olimpo".

El príncipe Judá acercó entonces su caballo al cadalso del Cristo y poniéndose de pie sobre la montura, unió su cabeza trastornada, con aquella otra cabeza ya sin vida y rompió a llorar a grandes sollozos que despertaron ecos en los huecos de la montaña y en los corazones que le escuchaban... .

-¡Jhasua!... ¡amigo mío!, ¡mi Rey de Israel!... ¡mi sueño de toda la vida!... . ¡Hoy moriré también contigo porque no quiero, no!, ¡ni un día más de vida en esta tierra de crimen y de infamia!... .

Faqui vio brillar en su diestra un pequeño puñal y de un salto subió al caballo y le tomó fuertemente la muñeca, mientras le decía:

-¡Judá, amigo mío!... . ¿No sabes que el Hijo de Dios no ha muerto, ni puede morir jamás?.

"Ahora más que nunca debemos vivir por Él y para Él; para que su nombre se esparza como reguero de estrellas sobre toda la tierra.

Un temblor nervioso se apoderó de Judá que sintiendo que todas sus fuerzas le abandonaban, se dejó caer en los brazos de Faqui y unos momentos después, el noble y valiente príncipe Judá se hallaba tendido sobre una manta al pie del patíbulo en que había muerto su Rey de Israel. La violenta crisis le produjo un pesado letargo.

Pequeños bultos sombríos se veían aquí y allá, y entre aquellas tinieblas ni aún los amigos se reconocían.

La dolorida madre apoyada en su hermano Jaime, se había acercado hasta la cruz en que estaba muerto su amor, y sus manos heladas buscaron a tientas los pies heridos y húmedos de sangre, de aquel Hijo Santo por el cual tanto y tanto había padecido durante toda su vida.

En este acercamiento, la infeliz madre percibió un objeto que no se movía, al mismo pie del madero. En sus pies sentía el calor de ese otro cuerpo, que sólo parecía un pequeño bulto en la obscuridad. Era María de Mágdalo que abrazada al madero desde que llegó, estaba con su cabellera empapada en sangre y sumida en un atolondramiento muy semejante a la demencia.

Nebai era otro bulto en las tinieblas, abrazada con sus dos hijitos, el uno de ocho años y el otro de cinco.

Llorando amargamente les hacía repetir las palabras del Salmista:

"Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga: haga resplandecer su gloria sobre las tinieblas".

"¡Sálvanos Dios Señor nuestro, porque aguas amargas han penetrado hasta el fondo del alma!".

"¡Oh Jehová!... ¡a ti clamamos!, ¡escucha esta voz que te invoca!".

"¡Elevada sea mi oración delante de Ti como un perfume, y el don de mis manos como la ofrenda de la tarde!".

Los moradores de la apacible Bethania, Martha, Lázaro y la pequeña María, habían llegado los últimos, como para recoger en sus corazones llenos de angustia las postreras palabras del Mártir:

"¡Padre mío, recibe mi espíritu!... . ¡Todo fue consumado!".

Martha cayó de rodillas y hundió su cabeza en el polvo murmurando entre sollozos:

"¡Que Dios tenga misericordia de nosotros!... ¡Señor!... ¡Señor!... .

"Mira la grandeza de tu Hijo y no la maldad de los hombres!... .

"Mira su amor y no nuestra iniquidad!... .

"Misericordia y piedad Señor!... .

El rumor de sus palabras se perdía entre el llorar desconsolado de aquel centenar de personas, que se movían como fantasmas en torno al Hombre-Dios suspendido en la cruz.

Lázaro se quedó quieto y mudo como una estatua, a pocos pasos del cadalso del gran amigo que había curado sus dolores morales y físicos, y cuyo acercamiento fue para él como el comienzo de una vida nueva.

La pequeña María, tímida y medrosa fue acercándose lentamente hacia el grupo central que lloraba al pie de la cruz. Y cuando a la luz temblorosa del fuego sagrado de Vercia, reconoció en aquella faz lívida, el dulce rostro del Maestro, exhaló un gemido de agonía y cayó sin sentido sobre el regazo de Verónica que sentada en el duro suelo, rezaba y lloraba.

La pobre niña no volvió en sí hasta algunas horas después.

José de Arimathea y Nicodemus habían vuelto a la ciudad a pedir al Gobernador el permiso necesario para bajar al Maestro del madero y darle sepultura esa misma noche, en vista de que al siguiente día no permitía la Ley hacer ese trabajo.

Obtenido el permiso, los hombre más jóvenes y fuertes procedieron a descender aquel amado cuerpo que tantas fatigas había sufrido por consolar a sus semejantes.

Melchor y Gaspar previendo aquel momento, habían traído en sus literas las vendas y lienzos de lino exigidos para la inhumación.

Con los asientos de las literas en que fueron conducidos los ancianos, se formó un estrado cubierto con un blanco lienzo y allí depositaron a Jhasua muerto.

¿Miryam su madre, puesta de rodillas, pudo por fin abrazarse a la amada cabeza de su Hijo, y besar sus ojos cerrados, su frente, su boca, sus mejillas como sin con el calor de sus besos quisiera inyectarle de nuevo la vida!... .

Los hombres y las mujeres, ancianos y niños desfilaron conmovidos en torno a aquel humilde féretro, en que yacía el cuerpo inanimado del Mártir, que la noche antes les repartía el pan y el vino y les abrazaba en una postrera despedida.

Sus últimas palabras resonaban en las almas doloridas como los trenos dolientes del que parte para no volver:

"Donde yo voy, vosotros no podéis seguirme por ahora".

"Os dejo mi último mandamiento:

"Que os améis unos a otros como yo os amo".

"Me buscaréis y no me hallaréis. Pero no os dejo huérfanos, porque mi Padre y yo, vendremos a vosotros si os amáis como ÉL y yo os amamos".

¿Pedro recordaba que había negado esa noche a su Maestro, y arrodillado a sus pies los besaba mil veces y los bañaba con sus lágrimas que parecían no agotarse jamás!... .

¿Juan recostó un momento su frente sobre aquel pecho desnudo donde más de una vez había apoyado su cabeza, y había escuchado el latir de aquel gran corazón, que entonces estaba mudo!... .

Helena y Noemí, tuvieron la idea de cortar algunos rizos de la cabellera del Profeta y repartirlos después en hebras de oro como triste recuerdo de aquel ser tan querido, que no había sido sólo el resplandor de un sol entre ellos, sino que había tenido vida de hombre... les había amado como hombre, y les había consolado como amigo, y enseñado como Maestro.

El pensar que no le tenían ya más, les enloquecía de angustia y nuevos coros de sollozos ahogados, despertaban ecos en la montaña sombría, donde el *fuego sagrado* de la Druidesa gala daba reflejos de oro y sangre a la dolorosa escena final.

Los diez hombres más ancianos de aquella fúnebre reunión se encargarían de ungir el cadáver con los óleos aromáticos de costumbre y envolverlo en el sudario espolvoreado de incienso, mirra y áloe: Gaspar, Filón, Elcana, Josías, Alfeo, José de Arimathea, Pedro, Simónides y el tío Jaime.

La dulce madre ungió la cabeza de su Hijo con los raudales de su llanto inconsolable, y la cubrió con el velo blanco que se quitó de la suya.

Los discípulos jóvenes habían explorado las inmediaciones de la montaña a la luz de las antorchas, en busca de una gruta nueva, que un familiar de José de Arimathea había adquirido y arreglado para sepultura de los suyos.

Sobre un lecho formado con veinte brazos unidos por las manos, los hombres jóvenes condujeron el cadáver a esta sepultura provisoria, ya que la noche les impedía llevarlo al panteón sepulcral de David, sobre el cual tenía derechos hereditarios el príncipe Sallún de Lohes.

Conduciendo a su gruta sepulcral el cadáver de Jhasua, que había soñado con la igualdad humana, vemos las manos unidas de príncipes, pastores, jornaleros, doctores y hasta un esclavo.

El Hach ben Faqui, el Scheiff Ilderín, Gamaliel, Nicodemus, Nicolás, Felipe, Juan, Marcos, Jacobo y Bartolomé, Othoniel, Isaías, Efraín, Gabes, Nathaniel, Shipro y Boanerges, Zebeo y dos jóvenes discípulos de Melchor.

Los hombres de edad seguían el cortejo fúnebre, recitando los trenos de Jeremías, y llorando silenciosamente.

Sólo el príncipe Judá no pudo seguir tras del cadáver de su Rey de Israel, porque tendido aún sobre una manta al pie del cadalso, rodeado por su madre, su esposa y sus dos hijitos, parecía luchar entre la vida y la muerte.

Su inmovilidad completa, su respiración apenas perceptible, y los débiles latidos de su corazón, hacían temer a los suyos, que aquella vida no tardaría en extinguirse.

Este doloroso incidente dio motivo a que todos se dirigieran al palacio Ithamar. Los ancianos en literas, y los jóvenes a pie, era aquello como una triste procesión de fantasmas sombríos atravesando caminos y barrancos, y luego las obscuras y tortuosas calles de Jerusalén sumidas en profundo silencio.

Las trágicas impresiones del día, la noche oscura y tormentosa, las patrullas de soldados que recorrían las calles para evitar sublevaciones populares, todo flotaba como un hálito de pavor sobre la ciudad de los Profetas mártires y de los reyes homicidas.



DE LA SOMBRA A LA LUZ

Hemos llegado, lector amigo, al cuadro final de esta colección de esbozos, de lo que fue el grandioso poema de la vida del Hombre-Dios en la personalidad humana de Jhasua de Nazareth.

El palacio que fuera idea y realidad del príncipe Ithamar, de la antigua y noble familia de Hur, gran amigo de Moisés, parecía estar destinado a ser mudo testigo de grandes dolores humanos.

Ideado y construido para nido plácido y tibio de un primer amor pleno de fe y esperanza, debió presenciar los desgarramientos profundos de sus dueños cuando la tragedia que deshizo a la familia de Ithamar durante diez años largos y terribles.

Presenció asimismo la inmensa desolación de los familiares, amigos y discípulos del Cristo Mártir en el primer anochecer del día de su muerte; día que el mundo llama *Viernes Santo*, y cuyo dolor ha servido durante veinte siglos para significar toda angustia inconsolable y única en nuestras vidas humanas.

"Esto parece un Viernes Santo", se dice cuando un desconsuelo inmenso llena nuestra morada de silencio y de sombras.

El gravísimo estado físico del jefe de la familia, añadía otra nota más de amargura a la copa que ya rebosaba en todos los corazones.

Los médicos habían diagnosticado una congestión cerebral, de la que no tenían ninguna esperanza de salvarle.

El desolado grupo de los amantes del Cristo... del hombre genial que acababa de desaparecer, veían en el príncipe Judá el hombre fuerte, el roble gigantesco que podía ofrecerle amparo a todos en ausencia del Maestro, para el caso de persecuciones que no podían tardar, dado el odio satánico de los príncipes y doctores del Templo contra el Justo asesinado por ellos.

Su vinculación hereditaria con los grandes hombres del gobierno romano, en su calidad de hijo adoptivo del victorioso Duunviro Quintus Arrius, que había librado al Imperio de la plaga de los piratas, dueños de los mares, le daba un poderoso ascendiente en las esferas gubernativas de los países civilizados. ¿Quién sino él podía protegerles de las furias del Sanhedrín judío?.

La noche del viernes y todo el sábado siguiente fue de angustiosa espera para el dolorido conjunto de los amantes de Jhasua.

El Hach ben Faqui les animaba diciéndoles:

-La patria Tuareghs es inmensa, como el Sahara impenetrable, y mi padre es allí uno de los Consejeros de la reina Selene. Os llevaré pues a mi país si en el vuestro os veis perseguidos.

Gaspar, príncipe de Srinaghar y señor de dominios de Bombay, ofrecía albergar a cuantos quisieran huir de la nación desventurada, que fue ingrata a los dones de Dios.

Melchor con sus grandes Escuelas en la península del Sinaí, el Monte Horeb, el Monte Hor y Cades Barnea, hacía iguales ofrecimientos.

Y el Scheiff Ilderín, uno de los más poderosos caudillos con que contaba para su defensa el Rey Hareth de Arabia, decía a los amigos de su amigo muerto:

-Tengo un huerto de palmeras por donde corre el río Orontes con un lago como vuestro Mar de Galilea, donde navegan mil barcas sin darse sombras unas a otras, y cuyas orillas son praderas donde pastan rebaños de camellos, de caballos árabes, de cabras y ovejas que no se pueden contar.

"Tras de los Montes Jebel, y en la espesura de los Montes Bazán, tengo viviendas de rocas defendidas por miles de lanceros, y donde pueden vivir cómodamente varios centenares de familias.

"¿No ha dicho el Mesías nuestro Rey, que nos amemos unos a otros como Él mismo nos ha amado?.

"Si hemos de perpetuar su pensamiento haciéndole vivir en nuestra propia vida, entre nosotros no debe existir el egoísmo de *lo tuyo y lo mío*. Bozra Raphana y Pella en el camino real de las caravanas, son ciudades tan importantes como Jerusalén, Sevthópolis y Cesárea, y hasta allí no llega la garra del Sanhedrín judío... .

Todas estas voces amigas plenas de afecto y de sinceridad sólo conseguían abrir más, la herida profunda que todos sentían en el fondo de su alma.

-Razón tenía nuestro Maestro -dijo Pedro después de un largo silencio-:

"*Muerto el pastor, se dispersarán las ovejas*". Derrumbada la torre en que anidaban las golondrinas, volarán hacia todos los puntos de la tierra.

-Era el imán que a todos nos atraía.

-Era la cadena de oro que nos ataba unos a otros.

-Era el árbol que nos daba sombra.

-Con Él lo teníamos todo, y sin Él no tenemos nada, sino nuestro dolor y nuestra desesperación.

Todas estas frases iban saliendo como gritos del alma herida de muerte de aquel grupo de seres que en la negrura de su angustia, no acertaban a comprender la vida sin aquella gran luz que les había alumbrado por el corto tiempo que estuvieron a su lado.

Todos esperaban con ansias la terminación del sábado, para prestar al gran amigo ausente, el postrer servicio en extremo doloroso por cierto, pero del que no podían eximirse sin creerse culpables: el traslado del cadáver a su sepultura definitiva, en el panteón sepulcral de David que se hallaba fuera de las murallas, en el camino de Betlehem.

Realizado esto, dispondrían de sus personas y de sus vidas como a cada cual le pareciera mejor.

Myriam la incomparable madre del Mártir, recostada en un diván se había sumido en un profundo silencio. Todos pensaban en servirle de protección y de amparo en su inmensa soledad, aún rodeada de tantos seres amigos que la amaban tiernamente; pero nadie se atrevía a hacerle ofrecimiento alguno, porque sería recordarle más aún que el gran Hijo ya no estaba a su lado.

El sábado a la noche, las mujeres jóvenes se dieron cita para ir al amanecer del domingo a la sepultura del Maestro, llevando un féretro de madera de sándalo con incrustaciones de plata, dentro del cual colocarían el cuerpo para trasladarle al Panteón sepulcral de David, que quedaba a un estadio más o menos del lugar en que se hallaba.

El viernes a última hora se había contratado el féretro para el domingo al amanecer, pero antes de acercarse al sepulcro, vieron que por allí no andaba nadie, por lo cual comprendieron que el mercader que lo vendió, se había retrasado. Las dos compañeras de María con Boanerges y Juan volvieron a la ciudad para hacer la reclamación conveniente.

La castellana de Mágdalo viéndose sola, subió de nuevo a la colina del Gólgota o Calvario, y contempló con infinita amargura el patíbulo del Maestro aún tendido en tierra, con las huellas de su sangre donde estuvieron sus manos y sus pies.

Su llanto corrió sobre aquel madero ensangrentado y parecióle mayor entonces que antes de la inmensa desgracia que había caído sobre todos los que amaron al Cristo.

Los dos ajusticiados juntamente con Él, aún pendían de las cruces, y uno de ellos se estremecía en los últimos espasmos de la agonía. Sin familia y sin amigos, antes de salir el sol debían ser arrojados a la fosa común en el muladar.

-El Maestro -pensó María- habría tenido piedad aún de esos míseros despojos de dos criminales.

Y yo debo tenerla también.

Antes de bajar de la colina trágica besó por última vez la sangre seca en el madero y buscó los clavos con que el Mártir estuvo suspendido en él. Pero no los encontró.

-Seguramente -dijo- algunos de los íntimos los ha recogido-. Y se dirigió hacia el sepulcro que distaba sólo unos doscientos pasos, pero cuya entrada quedaba confundida entre los barrancos y matas de espinos que era lo único que crecía en aquel árido lugar.

Grande fue su sorpresa, cuando vio removida la piedra que cerraba la entrada a la gruta, y que la sepultura misma estaba destapada y la losa caía hacia un lado. Se asomó a mirar al fondo y vio el sudario y el velo en que le envolvieron la cabeza.

-Le han llevado al Panteón de David antes de lo que habíamos pensado -dijo-. Aun no ha aparecido el sol. ¿Cómo es que madrugaron tanto?.

Y se sentó sobre una piedra a la entrada de la gruta llorando silenciosamente, mientras miraba la preciosa ánfora de alabastro llena de aceite de nardos que había llevado, para derramarlo sobre el cadáver del Señor al colocarlo en el féretro.

Sintió de pronto un leve ruido de los arbustos y yerbas secas y volvió la cabeza.

A través de sus lágrimas vio el bulto de un hombre.

-Si tú le has visto sacar de aquí, o le has llevado, dime dónde lo han puesto para que vaya yo a unguir su cadáver -le dijo.

-¡María!... -dijo una voz y era la del Maestro que la llamaba por su nombre.

-¡Maestro! -gritó ella arrojándose a sus pies que iba a besar.

-No puedes tocarme -dijo la visión- porque mi carne ya no es más. Vuelve con los míos y diles lo que has visto y oído. ¡Yo iré en medio de todos, porque ninguna fuerza de la tierra ni del aire puede ya retenerme!. ¡La paz sea contigo!... .

La visión había desaparecido, y María con el rostro en tierra, besaba y lloraba sobre el trozo de roca en que Él estuvo parado.

María, loca de alegría como lo había estado de angustia, echó a correr hacia la ciudad. Antes de llegar a la puerta de Joppe encontró a sus compañeras con los hombres que traían el féretro.

-No está más en el sepulcro -les dijo- es inútil que vayáis allí. -Y bajando la voz dijo a sus compañeras:

-¡El Maestro vive!, ¡le he visto y me ha hablado!. ¡Dice que vendrá entre todos nosotros!.
¡Pronto!... ¡pronto!, corramos a nuestra morada, avisad a los demás, no sea que ÉL llegue allá y no nos encuentre.

Sus compañeras la seguían creyendo que se había vuelto loca.

Llegó jadeante al palacio Henadad, residencia de los galileos, y encontró a Pedro con la mayoría de los discípulos íntimos.

Nadie quiso creerle la noticia. Aún estaba fresca en la memoria de todos, aquella otra noticia llevada por ella, de que antes de la puesta de sol del viernes, el Maestro sería libre.

-¡Calla, mujer, calla! -díjole Pedro con inmensa amargura-. ¡Tú eres la visionaria de siempre!, José de Arimathea y sus amigos le habrán llevado al sepulcro de David, sin tenernos en cuenta a nosotros que tanto deseábamos darle esta última prueba de nuestro afecto.

Y cubriéndose el rostro con su manto comenzó a llorar con gran desconsuelo.

María sentada en el pavimento lloraba también creyendo ella misma ser víctima de una ilusión de su amor.

Los discípulos más jóvenes ya se levantaban para correr al sepulcro a cerciorarse de la realidad, cuando el cenáculo, sumido aún en el claro oscuro del amanecer se inundó de luz y la clara y dulce voz del Maestro se hizo oír de todos ellos.

-"¡La paz sea con vosotros!... ¿por qué habéis dudado?. ¿No os dije que entraba en la gloria de mi Reino, que me haría dueño de todos los poderes en los cielos, en la tierra y en los abismos?.

"El sepulcro no puede retener a los que ha glorificado el Amor.

"Preparaos para volver a Galilea, que es más propicia para recibir allí los dones de Dios".

Y su transparencia y sutil personalidad se deslizó ante todos y cada uno de los que estaban presentes, los cuales mudos de estupor no sabían si estaban en el mundo de los vivos, o eran víctimas de una fantástica quimera.

Más o menos a la misma hora, igual visión se les había presentado en el palacio de Ithamar, sumido en la angustiosa ansiedad de que creían ser los últimos momentos de la vida de Judá.

La misma Myriam llena de piedad por el dolor de la familia, se había dejado conducir a la alcoba del moribundo, donde se hallaban los ancianos Melchor, Gaspar, Filón y Simónides con el Hach ben Faqui y el Scheiff Ilderín.

Nebai arrodillada ante el lecho, sollozaba sobre la inmóvil cabeza de Judá, que respiraba

fatigosamente. A los pies lloraban su madre y Thirza su hermana.

La alcoba del moribundo se había inundado de claridad y la frase habitual del Maestro había caído sobre todas las almas como una música divina:

- "¡La paz sea con vosotros!".

Todos corrieron hacia el lecho de Judá encima del cual flotaba la visión amada como la luz rosada del amanecer.

- "Más que me amasteis vosotros os he amado yo desde inmensas edades. ¿Por qué languidece vuestra fe y se marchita vuestra esperanza, como si en el sepulcro terminase la carrera eterna del espíritu?".

"Levantad vuestros corazones al que es Eterno Dador de toda vida, y recordad mis palabras: "Vuelvo a mi Padre de donde salí, pero no os dejo huérfanos ni solos en este mundo".

"Madre, amigos, hermanos... bendecid a Dios todos los momentos de vuestra vida, y que ningún dolor os haga olvidar mis promesas eternas, y mi amor más fuerte que la muerte".

Judá se incorporó de pronto sobre el lecho y tendiendo sus brazos a la visión amada le dijo:

- ¡Jhasua!... . ¡Vienes a llevarme contigo a tu Reino, mi Rey de Israel!

- ¡Aún no es llegada la hora de tu libertad!. ¡Vive, Judá, amigo mío, y serás el brazo fuerte que proteja a mis primeros sembradores de la fraternidad humana!".

La visión se esfumó tan sutilmente como había aparecido, por más que todas las miradas hubieran querido retenerla estampada en la retina igual que en el fondo del alma.

Los ancianos y las mujeres recitaban llorando el salmo del Aleluya, símbolo bellísimo de las más puras alegrías del alma humana prosternada ante la grandeza Divina.

Iguals apariciones del Divino Maestro tuvieron el mismo día y sólo con diferencia de hora, los amigos de Bethania, en la casa de la viuda Lía, donde se alojaban los de Betlehem, y en el cenáculo de José de Arimathea, donde cerca al medio día se encontraban reunidos los cuatro doctores amigos de Jhasua, más Rubén de Engedí esposo de Verónica, el príncipe Jesuá, Sallum de Lohes y los familiares de ellos.

El Ungido del Amor Eterno no olvidó a ninguno de cuantos le amaron hasta el fin.

Vercia la Druidesa gala, le vio aparecer en su *fuego sagrado* de la media noche del domingo, y la voz sin ruido de la aparición le dijo:

-"Vuelve a tu tierra mujer de fuego y de bronce, porque cuento contigo para sembrar la fraternidad humana en la otra ribera del Mar Grande".

-¿Qué podremos hacer si pronto seremos esclavos del poderío romano?... -pensó la Druidesa.

Y la aparición le respondió:

-Los poderosos de la tierra esclavizan los cuerpos, pero no la idea emanación del espíritu... .
¡Piensa!... piensa con mi pensamiento, mujer, y obra con tu voluntad unida a la mía.

"La fraternidad, la igualdad y la libertad germinarán en tu patria gala, y florecerán antes que en ninguna otra región de la tierra.

"¡La paz sea contigo!".

Un inmenso júbilo llenaba todos los corazones, y la personalidad augusta del Maestro se agigantaba en la conciencia de todos, que ya no podían dudar de que habían tenido por breves años entre ellos al Verbo de Dios encarnado, al Mesías anunciado por los Profetas.

Habían soñado es cierto, en tenerle también como un Rey sobre un trono de grandeza y poderes materiales, y ese sueño se había esfumado sin realizarse por el momento. Mas ¿qué duda podía haberles de que su reinado sería eterno sobre todas las almas que se abrieron a su Idea Divina del Amor entre todos los hombres?.

¿Qué pobre y mezquina les pareció entonces la idea de la muerte, a la cual tanto terror y espanto tenían antes!.

¿Su Maestro había triunfado de la muerte y de la corrupción del sepulcro y flotaba glorioso en los ámbitos ilimitados de lo infinito!... .

¿Qué sublime grandeza era la suya!... . Mucho más que la habían comprendido antes, cuando le veían realizar portentos en favor de sus semejantes cargados de pesadumbres y desesperaciones.

Se comunicaron unos a otros lo que habían escuchado del Divino Maestro glorioso y triunfante y se dispusieron a marchar hacia la amada Galilea donde esperaban que la gloria de Dios se desbordaría sobre la tierra, acaso para transformarla, purificada, en el paraíso de amor, de dicha y de luz con que todos soñaban... .

Eran ciento veintisiete personas las que conocían el divino secreto de las apariciones radiantes del Cristo, y fue este reducido conjunto de amantes suyos, que emprendió el viaje a las orillas del Mar de Galilea, dos días después del domingo llamado de *resurrección*.

La Idea Divina parece mantenerse como velada en fanales de sutilísimas transparencias, o por lo menos, de tal modo se presenta a la conciencia de los seres humanos, que ellos no llegan a

percibirla con absoluta claridad.

Y así no debe extrañarnos que aquella pequeña brigada de amadores del Cristo, emprendieran el viaje a Galilea en busca suya, con las almas llenas de divino ensueño, y de esperanzas inmensas como el infinito... .

Iban a verle nuevamente, iban a oírle, acaso a vivir una segunda etapa de vida, superior en mucho a la que habían vivido a su lado.

Cómo sería esa vida, no podían precisarlo por el momento.

Le habían visto obrar tan estupendas maravillas, y al tercer día de su muerte le veían resplandeciente como un sol, entrar y salir en los recintos cerrados, aparecer y desaparecer como una luz, ¿cómo pues, no debían esperar una vida nueva, diferente de la que habían vivido hasta entonces?.

¡Era indudable!. ¡El Reino de Dios iba a ser establecido en la tierra, y su Maestro sería el Rey inmortal y eterno con que habían soñado!.

La Roma poderosa y dominadora desaparecería entre las brumas de oro de su ensueño divino... .

El Sanhedrín judío con su intransigencia y su feroz crueldad, parecían una negra pesadilla, de la cual habían despertado a una radiante claridad que nada ni nadie podía extinguir en adelante.

Tan sólo Gaspar, Melchor y Filón comprendían todo lo que aquello significaba.

El triunfo del Cristo Mártir, era el comienzo de una Era Nueva.

Era el abrir surcos interminables en la heredad que el Padre le confiara, y a la cual ÉL con los suyos debían conducir al más completo triunfo sobre la fuerza de las tinieblas.

El Cristo triunfante iba a la posesión eterna de su Reino.

En la tierra quedaban los que le habían amado y seguido; los que habían bebido de su corazón de Enviado Divino, la doctrina suya de la *paternidad de Dios* y de la *hermandad humana*.

Y quedaban con el mandato expreso de llevar esa doctrina por toda la faz de la tierra, aún a costa del sacrificio de los bienes de fortuna, de la honra y de la vida, tal como habían visto que lo hizo su Maestro y Señor.

"La muerte por un ideal de liberación humana, es la suprema consagración del Amor" -repetían como un eco de las palabras del Cristo,

Melchor, Gaspar y Filón, sabían que todo aquello era el comienzo de una lucha gigantesca que duraría veinte siglos, o sea hasta la terminación del ciclo de evolución humana, del cual, el Avatar Divino había venido a iniciar la jornada final.

La doctrina de la *paternidad de Dios y de la hermandad humana* es la síntesis de toda la Ley Divina:

"AMA A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS Y AL PRÓJIMO COMO A TÍ MISMO".

Y para hacerla triunfar entre la humanidad de la tierra, sería necesario hacer tabla rasa de la prepotencia de los poderosos, de la indigna humillación de los esclavos, de la supuesta divinidad de los Emperadores, de los Faraones, de los Brahmanes y sacerdotes de todas las religiones.

Sería necesario llegar a la única conclusión posible, de que no hay sino un solo Padre, un solo Señor, un solo Dueño: Dios, Causa Suprema de cuanto existe. Y una sola gran familia de hermanos; la humanidad de toda la Tierra.

¿Y las fronteras?. ¿Y los límites?. ¿Y la dominación de unas razas sobre otras?. ¿Y el placer casi infinito, de llevar una corona en la cabeza y ver millares de seres doblar la rodilla en tierra en una semi adoración al coronado?.

¿Y los odios por las religiones diferentes, por las dinastías, por las posesiones de tierras, por los puertos, por las islas, por los derechos sobre el agua, el aire y hasta por los rayos del sol?... .

¿Oh cielos!. ¿Todo eso estaba fuera de la doctrina de la paternidad de Dios y de la hermandad humana, que el Divino Maestro había traído a la tierra y la había defendido hasta morir por ella!.

¿Y toda esta lucha formidable aparecía como entre brumas de polvo y sangre, a la vista de los tres ancianos maestros de Divina Sabiduría!.

¿Qué inmensa carga dejaba el Ungido de Dios sobre los hombros de sus voluntarios colaboradores!.

Mas también les había dicho: "que no les dejaba huérfanos ni solos en este mundo". "Que su Padre y Él vendrían a morar en aquellos que cumplieran su ley divina de amor fraterno". "Que sería una misma cosa con ellos por el amor, y que donde dos o tres estuviesen reunidos en su Nombre, allí estaría Él en medio de ellos".

El príncipe Judá habíase incorporado en su lecho ante la presencia augusta de su divino amigo, cuya imagen radiante se esfumó como una luz entre sus brazos, Faqui le abrazó tiernamente diciéndole:

-¿Has visto cómo el Hijo de Dios no puede morir?... .

-Es verdad amigo mío, pero presiento que no le tenemos con nosotros para mucho tiempo -le contestó Judá.

La alegría en el austero palacio de Ithamar fue desbordante, como terribles habían sido las desesperaciones y las angustias recientes.

El anciano Simónides levantó de nuevo su cabeza abatida por la doble tragedia de la muerte del Cristo, y de la muerte, al parecer, inevitable del príncipe Judá que era como su propio hijo.

El Rey de Israel había triunfado de la muerte, maravilla muy superior a los conocimientos del buen comerciante, que si era inigualable en acrecentar una fortuna encomendada a su tutela, era nulo en cuestiones metafísicas en análisis y definiciones.

El príncipe Judá había triunfado asimismo de la congestión cerebral que lo llevó al borde del sepulcro. ¿Qué más podía esperar en su vida larga de octogenario?.

Melchor, Gaspar y Filón, resolvieron regresar a sus países nativos. Llevándose en el alma las promesas del Mesías triunfante, para alumbrar con ellas los últimos días que les restaban de peregrinaje sobre la tierra.

Sabían que pronto estarían con Él en su Reino, y ningún afán ni deseo, ni ambición terrestre podía caber en sus corazones ebrios de luz de ese *más allá* cercano, que casi tocaban ya con sus manos.

A la luz radiante de sus lámparas encendidas por el Cristo vencedor de la muerte, comenzarían la siembra divina en Alejandría, la segunda ciudad del mundo civilizado entonces, en Cades Barnea, en el Monte Hor, en el Horeb, en el Sinaí, donde aún vibraba en el aire el pensamiento y la voz de Moisés.

Cuando los tres ancianos viajeros se embarcaron en Gaza, los amigos de Jerusalén, Betlehem y Engedí, se unieron a los galileos y emprendieron con ellos, el anhelado viaje a encontrar al Señor, al Maestro, en las orillas del Mar de Galilea, cofre sagrado de los más bellos y queridos recuerdos.

La caravana de los amantes de Jhasua se aumentó con varios de los discípulos de Johanán el Profeta del Jordán, con el Scheiff Ilderín, su hijo mayor y algunos de sus jefes, los amigos de Bethania, y la familia del príncipe Harthat de Damasco, que habiendo presenciado la tragedia de Jerusalén, se volvía hacia el norte pasando por Galilea.

Dada las diferentes condiciones físicas de los viajeros, entre los cuales había mujeres de edad y niños menores de doce años, el viaje se hizo en parte en dos grandes carros, cuyo aspecto exterior les asemejaba a las fuertes y cómodas carrozas de viaje de la Edad Media. El príncipe Judá, fue quien los puso a disposición de los viajeros, impedidos por su edad de realizar el viaje a caballo o a pie. La gente joven iba montada en caballos y asnos, pero en grupos separados

para no llamar demasiado la atención, pues que su número había subido a ciento setenta y ocho personas.

Vercia la Druidesa gala, hecha a la vida azarosa de las montañas galas, defendiéndose de enemigos humanos y de bestias salvajes, quiso acompañar a los amigos íntimos del Hombre-Dios, a encontrarle de nuevo en la hermosa tierra Galilea, en cuya capital Tolemaida, había desembarcado al llegar de su país natal en busca del Salvador de la humanidad.

Nebai, su gran amiga de esa hora, le hizo proporcionar caballos para ella y los suyos.

Los huertos silenciosos del justo Joseph de Nazareth, acogieron a los que volvían de la ciudad de los Profetas, ya sin el gran Profeta, a cuyo lado habían hecho el camino a Jerusalén.

¡Qué terrible emoción debía sacudir el alma de Myriam, del tío Jaime, de todos los familiares del Maestro al penetrar de nuevo en aquel huerto, en aquella vieja casa donde tantas imágenes queridas flotarían como sombras impalpables, invisibles a la mirada física, y sólo perceptibles al corazón de una madre, relicario eterno de los amores que nunca mueren!... .

Tiene el amor, en los seres superiores, delicadezas infinitas que las almas mediocres y pequeñas no aciertan a comprender.

Myriam entró en su casa, y de inmediato se dirigió a su alcoba para desatar allí como una lluvia de invierno la angustia que le oprimía el alma desde que entró en Nazareth. ¡Quería llorar!... ¡llorar!. Viuda sin esposo y madre sin el hijo ¿quién podía medir la inmensidad de su dolor?... .

Pero ¡cuál no sería su sorpresa cuando al abrir con trémula mano aquella vetusta puertecita de goznes gastados, encontró la alcoba iluminada por una luz que la deslumbró, hasta el punto de cegarla!.

Cuando sus pupilas pudieron resistir aquella radiante claridad, cayó de rodillas sobre el pavimento de viejas losas, donde tantas veces lo hiciera para orar a Jehová en sus días de plácida felicidad.

Acababa de percibir clara y nítidamente la presencia de su Hijo... de su gran Hijo, el Mesías Mártir que le sonreía de pie junto a la cunita aquella de madera de cerezo, que ella había conservado como un recuerdo de la infancia de Jhasua.

Percibió luego a Joseph, hermoso en su edad viril, tal como aquel día en que desposada con él, la sacó del Templo y la condujo a Nazareth.

Y las dos radiantes visiones le transmitieron el mismo pensamiento.

-¡Mujer bienaventurada!... No estás sola en el mundo, porque el Eterno Amor unió nuestras vidas a la tuya, y unidos estaremos por toda la eternidad. ¡Lo que Dios ha unido, nadie puede separarlo!... .

La intensidad del amor, la hizo caer en un estado de inconsciencia extática, de la cual la sacó Ana, Marcos y el tío Jaime que extrañados de su encierro acudieron a buscarla.

La encontraron sentada sobre el pavimento, inmóvil con sus ojos cerrados, y su rostro coloreado de un vivo carmín.

-Tiene fiebre -dijo Ana que palpó el rostro y las manos de Myriam inundados de un suave calor.

-No -contestó ella abriendo los ojos-. Les he visto a *ellos* que me esperaban en esta alcoba, y una energía nueva, una fuerza maravillosa ha invadido todo mi ser. ¡Venía a morir en este rincón querido y encontré de nuevo la vida y el amor!... .

El júbilo de la madre bienaventurada, se transmitió como una corriente eléctrica a todos los que estaban en su casa y una gran esperanza conjunta hizo palpitar de dicha todos los corazones.

¿Cómo era posible llorar muerto al divino amigo, que iba iluminando con su gloriosa presencia los oscuros caminos de la vida?.

Era el Reino de Dios anunciado por Él, que se establecía en la tierra, fango y miseria, para que floreciera en ella el amor y la fraternidad entre los hombres.

Estas radiantes apariciones se repitieron diariamente, ya a unos, ya a otros, de todos aquellos en cuyas almas ardía como una llamarada viva el amor puro y desinteresado al Cristo Mártir. Ya en las horas de la comida al partir el pan, ya en las reuniones del cenáculo para orar en conjunto, ya en las orillas del Lago Tiberiades, o sobre una barca, o andando sobre las aguas, o en lo alto de algún monte donde antes Él oraba junto con ellos, alrededor del fuego, en la playa del mar cuando se disponían a asar pescado y recordaban con inmenso amor al divino ausente... allí les aparecía Él como un arrebol de la aurora, como un crepúsculo del ocaso, o como blanca claridad de la luna bajo la sombra de los árboles, donde antes se cobijaban de los ardores del sol.

-"¡La paz sea con vosotros! -les repetía siempre al aparecer.

"¡Os dije que no os dejaría solos. Que estaría con vosotros hasta el final de los tiempos; que mi Padre y Yo estamos allí donde el amor recíproco florece en eterna primavera!..."

Y cuando se cumplían los cuarenta días del domingo de Pascua, en que comenzaron las apariciones, los mandó reunirse todos en la más solitaria orilla del mar, al sur de Tiberias, a la hora en que se confunden las últimas claridades del ocaso con las sombras primeras de la noche.

Allí acudieron también los solitarios del Tabor y del Carmelo y en pocas palabras al aparecer el Maestro, les hizo una síntesis de cuanto les había enseñado en los días de su predicación.

-Yo vuelvo a mi Padre -les dijo- y vosotros como aves viajeras iréis por todos los países de la tierra donde viven seres humanos que son hermanos vuestros a enseñar mi doctrina del amor fraterno, confirmada por todas las obras de amor que me habéis visto realizar.

"Desde mi Reino de luz y de amor, seguiré vuestros pasos, como el padre que envía sus hijos a la conquista del mundo, y espera verles volver triunfantes a recibir la corona de herederos legítimos, de verdaderos continuadores de mi doctrina sostenida al precio de mi vida!.

"Como Yo lo hice, lo podéis hacer vosotros, porque todas mis obras están al alcance de vuestra capacidad, si hay en vosotros amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a vosotros mismos.

Y extendiendo sus manos radiantes de luz sobre todos sus amados, puestos de rodillas sobre la arena de la playa, les bendijo diciéndoles:

"Voy al Padre, pero mi amor unido al vuestro, no me dejará separado de vosotros"... .

"¡Hasta siempre!.

La esplendorosa visión final se esfumó como el sol entre las primeras sombras de la noche, que continuó avanzando lentamente como una hada sigilosa que tendiera sus velos negros salpicados de estrellas... .

Nadie se movía en aquella playa silenciosa, y todos los ojos estaban fijos en el sitio donde la visión amada había desaparecido.

No había en ellos tristeza, ni dolor, y no obstante lloraban con esa emoción íntima y profunda, sólo conocida de las almas de oración y recogimiento, que conocen la suavidad infinita del Amor Divino que se desborda como un manantial de luz y de dicha, sobre aquellos que se le entregan sin reservas.

Los ancianos solitarios del Tabor y del Carmelo fueron los primeros en reaccionar de aquel estado semi-extático en que todos estaban, y el más anciano entre ellos les dijo:

-Ya sabéis, que ocultos en nuestros santuarios de rocas vivimos para Él y para vosotros, en cuanto podáis necesitar de nuestra ayuda espiritual y material.

"Lejos de las miradas del mundo que no le han comprendido, abriremos horizontes a nuestras vidas, para que seamos un reflejo de lo que fue nuestro excelso Maestro en medio de la humanidad.

"El Cristo martirizado y muerto sosteniendo su doctrina, será siempre la estrella polar que marcará nuestra ruta entre las tinieblas y la incertidumbre de la vida terrestre.

"¡Todos somos viajeros eternos!. Y una sola luz alumbra nuestro camino: El Cristo del Amor, de la Fraternidad y de la Paz.

"Sigámosla!... .

Las palabras del anciano se perdieron entre las sombras y el rumor de las olas del Mar de Galilea, que el fresco viento de la noche agitaba mansamente.

* * * * *

